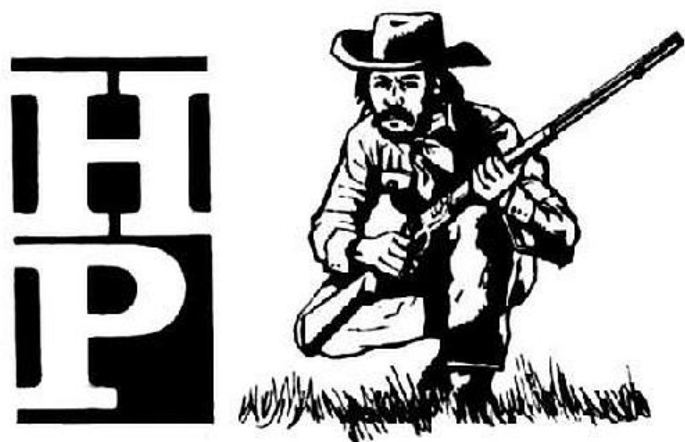



# EL HOMBRE DE FORT LATIMER



## SILVER KANE





# HEROES DE LA PRADERA





# Silver Kane

# EL HOMBRE DE FORT LATIMER

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 507
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 24767-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: setiembre, 1979

© Silver Kane – 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

# PRÓLOGO

Aquella dulce población de Illinois se llamaba Vicennes, igual que la hermosa ciudad francesa. Tenía calles anchas, casas tranquilas y bajas, tejados de alegres colores y dos o tres locales públicos donde se divertía la juventud de la población.

Vicennes fue siempre una ciudad feliz, con una próspera agricultura y con la riqueza que le daba, además, la proximidad del Mississippi, el fabuloso «padre de las aguas».

Pero ahora el fantasma de la guerra lo había cambiado todo.

Ahora la ciudad estaba llena de soldados y la cruzaban continuamente columnas de caballería que avanzaban hacia el sur. Cañones de artillería y caravanas de infantes polvorientos que a veces se cruzaban con otras caravanas infinitamente más tristes, con grupos de hombres mutilados, desechos de la guerra, que regresaban hacia el norte.

Precisamente en aquel momento un regimiento de artillería estaba cruzando por la población. El polvo que levantaban los caballos era infernal. El ruido de las ballestas, de las piezas traqueteantes, los gritos de los conductores, formaban un conjunto desarmónico que atronaba el aire.

Dos hombres penetraban a aquella hora en la ciudad, por caminos distintos.

Uno de ellos vestía uniforme con la graduación de mayor del Ejército del Norte. Era un hombre de unos cincuenta años, con barba gris cuidadosamente recortada, ojos oscuros y mirada perdida, como si su pensamiento se encontrara muy lejos de allí.

El otro era muy distinto.

Tenía el aspecto de un tipo llegado de las más remotas regiones del Oeste. Vestía camisa gris, pantalones de montar, sombrero

blanco y recias botas de piel con espuelas mexicanas. Llevaba un revólver con la funda baja y el punto de mira recortado, al estilo de los pistoleros que infestaban ya las regiones fronterizas.

Todo el mundo le miraba con curiosidad, porque no era frecuente ver allí en aquella plaza militar, a un hombre que parecía escapado de lo más hondo de las praderas.

El militar se detuvo ante un hotel llamado Fulton. Desde la esquina, a unas treinta yardas de distancia, el vaquero le vio.

Se dirigió hacia allí, aunque sin prisas.

Una mirada indefinible flotaba en sus ojos.

El mayor penetró en el hotel, que tenía aspecto de estar lleno, y se dirigió al dueño, que se afanaba ordenando llaves detrás del mostrador.

—Buenos días —dijo—. Soy el mayor Latimer.

El dueño alzó los ojos. Tuvo la sensación de que el mayor sólo estaba allí en su cuerpo. Su espíritu parecía hallarse muy lejos. Su expresión era la de un hombre que piensa en algo infinitamente remoto.

—¡Ah! Hola, mayor —dijo con fingida alegría—. Ha tenido usted suerte. He podido reservarle la habitación que usted me pidió.

—Ya veo que esto está muy lleno.

—No puede hacerse idea. ¡Menudas complicaciones, nos ha traído la guerra!

—También les trae riqueza.

—Los soldados que van al frente y los heridos que vuelven de él no traen riqueza, sino conflictos. ¡Oh, perdone! —De pronto pareció pensar que sus palabras podían ser mal interpretadas—. De todos modos esto acabará pronto, ¿eh? ¿Qué ocurre con los sudistas? ¿Se retiran?

—Sí —dijo el mayor Latimer, pensativamente—. Yo creo que éste es el último año del conflicto. Los hombres del general Lee están sufriendo reveses en todos los frentes.

—Me alegro, me alegro… Su habitación es la cuatro, mayor. Por ese pasillo, a mano izquierda. Yo quería reservarle una del piso superior, pero sólo puedo ofrecerle planta baja.

—Es igual. No tiene importancia.

Mientras el mayor se retiraba hacia donde le habían indicado, el dueño del hotel volvió instintivamente los ojos hacia la puerta.

Tenía la sensación de que allí había alguien más, alguien que había escuchado sus últimas palabras.

Vio entonces al vaquero.

El hombre alto, fuerte, que parecía arrancado de una estampa de la pradera, recortaba su figura en el umbral. Su mano derecha estaba quieta a la altura del revólver.

Su expresión era indescifrable. Era como esas lejanas expresiones de los indios, que no dejan que se trasluzca ninguna de sus emociones.

—¿Qué desea, señor?

El vaquero dijo sin mirarle:

—Nada, es igual.

Fue directamente hacia la habitación que había sido asignada al mayor.

Entró en ella, sin pedir permiso, y durante unos breves segundos los dos hombres estuvieron quietos allí.

Luego sonó un disparo.

# CAPÍTULO PRIMERO

El general acarició sus bigotes, que llevaba muy altos y enhiestos, estilo prusiano, y dijo lentamente:

—Su padre era un gran hombre, señor Latimer. Uno de los mejores militares con que contaba nuestro ejército.

Su interlocutor asintió en silencio, moviendo la cabeza de arriba abajo.

Era un joven de aspecto más bien tímido y no muy desarrollado. No parecía el hijo de un militar, sino más bien el hijo de un profesor. Llevaba ropas demasiado anchas y que no le sentaban bien. Sus cabellos rubios y muy abundantes estaban peinados hacia atrás. Usaba gafas y tenía la piel muy fina. Daba la sensación de ser una flor de invernadero, de haberse pasado toda la vida en un salón tocando el violín o el arpa. Además, era muy tímido, y apenas había despegado los labios.

El general carraspeó mientras se ponía en pie. Avanzó hacia una pared de su despacho, que estaba enteramente ocupada por un enorme mapa. Con un puntero señaló una zona determinada de Texas.

—Sí, su padre era un gran hombre —repitió—. Ha hecho cosas increíbles, como por ejemplo mantener este enclave cerca de la frontera y en pleno territorio enemigo, resistiendo ataques que ninguna otra guarnición hubiera podido soportar. Créame si le digo que el ejército se siente orgulloso de él, y que ha sido propuesto para una de las más altas condecoraciones, la Medalla de Honor del Congreso. ¿Qué le parece a usted?

Otra vez su interlocutor asintió débilmente.

Miraba hacia la zona señalada en el mapa por el puntero del general. Era el oeste de Texas, cerca de Crystal City y el Paso del

Águila. Una región entonces salvaje, inhóspita, a caballo sobre la frontera mexicana. Y desde luego, en un territorio que los del Sur aún dominaban plenamente.

En realidad, parecía increíble que una guarnición nordista pudiera sostenerse allí. Era sencillamente heroico.

—… La Medalla de Honor del Congreso —repitió el general—. Verdaderamente la merece. Ha sido lastimoso y terrible que su padre haya acabado tan joven la carrera militar. ¿Usted sabe si tenía enemigos? ¿Qué motivo pudo haber para que lo asesinaran?

—Ninguno, que yo sepa —dijo el otro con voz ronca—. No puedo comprenderlo. Como no fuera un sudista…

—Yo no soy de esa opinión —expuso el general—. El hombre que lo mató tenía, según todos los informes, el típico aspecto del vaquero recién llegado de la pradera. Parecía un hombre del Oeste, no un hombre del Sur. Desgraciadamente, eso no podemos comprobarlo con seguridad, por cuanto no ha sido detenido.

—¿Lo persiguen?

—Con todas nuestras energías. Y caerá, no tenga duda alguna. Lo que sucede es que se trata de un hombre hábil y nos lleva ventaja.

Sonriendo, volvió a sentarse tras la mesa y añadió:

—Desde luego, no sabía que nuestro héroe, el mayor Latimer, tuviera un hijo. Nunca hablaba de su familia.

—Era un hombre dedicado íntegramente al ejército. Ya sabe usted que, para los militares de verdad, la familia no cuenta.

—Desde luego… El ejército necesita una dedicación total. ¿Tiene usted madre?

—Sí. La viuda del mayor Latimer vive en Alexandria, cerca de Washington. Está muy afectada por la noticia.

—Ya he dado órdenes para que se le pague la pensión correspondiente, puesto que la muerte de su marido equivale a la muerte en acción de guerra. Mientras ella viva, cobrará el sueldo íntegro.

—Son ustedes muy generosos, general.

—Sólo cumplimos con nuestro deber. Y…, ¡ejem! ¿Insiste usted en ir a Fort Latimer a recoger los efectos personales de su padre?

—No sabía que aquello se llamara Fort Latimer.

—Al principio aquello no tenía nombre, ¿sabe? Se llamaba,

simplemente, Fort H. Pero luego, y en honor al padre de usted, le hemos dado el nombre de Fort Latimer, con el que figurará en todos los mapas militares del país. Pero dejando la cuestión aparte, he de decirle que aquél es un lugar perdido adonde resulta dificilísimo llegar. Puede caer en manos de alguna tribu india escapada de las montañas, en manos de los sudistas o en manos de alguna pandilla de bandoleros de los que empiezan a infestar la región. Como ve, las perspectivas no son demasiado halagadoras, sobre todo teniendo en cuenta que usted…, ¡hum! ¿A qué se dedicaba antes de ahora, amigo mío? Me da la sensación de que nunca ha matado un mosquito.

—Doy clases de música.

El general arqueó una ceja y volvió levemente la cabeza para que no se advirtiese su leve expresión de burla. ¡Profesor de música! ¡El hijo de un héroe se dedicaba a tocar el arpa! ¡Pues sí que iban a ir bien las cosas cuando ellos, los hombres duros que habían hecho la guerra, fuesen muriendo poco a poco!

—Así que quiere ir al Fuerte…

—Sí. Desearía recoger los efectos personales de mi padre. Quizá pueda haber allí una carta, algún indicio que aclare las causas de su extraña muerte.

—Un correo va allí de vez en cuando. ¿Por qué no pide que se las traiga él?

—Creo que eso debo hacerlo yo mismo, general. Me parece que es… ¿Cómo se lo explicaría? Un último homenaje a mi padre. Sus cosas quiero recogerlas yo.

—Es usted un sentimental, vaya.

—No sé lo que soy, pero quiero cumplir con ese último deber.

—Me parece muy bien, aunque debe tomar sus precauciones durante el viaje. ¿Sabe manejar un revólver?

—No.

—¿No? —El general estuvo a punto de dar un brinco—. ¡Diablo, si eso ya deberían enseñarlo en las escuelas! Yo siempre lo digo. ¿Cómo vamos a hacer un gran país si los niños no son capaces de asustar a sus maestros con un buen balazo sobre el pupitre? En todo caso, le aconsejo que tome unas clases, amigo mío. Y no corra riesgos innecesarios…

—No los correré. Tengo interés en llegar vivo allí.

—Entonces, buena suerte.

El general fue a tenderle la mano, pero de pronto pareció recordar algo.

—Caramba, lo olvidaba. Ahora pienso que puede usted realizar el viaje con cierta seguridad. Un coronel llamado Simpson, que inspecciona los puestos más avanzados, tratará de llegar a Fort Latimer para revisar la posición y confirmar en el mando al teniente Springley, que será quien ahora defienda el fuerte. Usted y el coronel pueden encontrarse en la ciudad neutral de Quemada, a orillas del Río Grande, que es justamente donde empieza lo peor del trayecto. Daré órdenes para que le espere allí.

Su interlocutor no hizo ningún comentario. Sólo le dio las gracias tímidamente.

Luego salió del enorme despacho arrastrando los pies.

—¡Profesor de música! —dijo el general con desprecio, cuando se hubo cerrado la puerta—. ¡Cuando los sudistas lo ataquen los hará dormir tocando el arpa! ¡Pues sí qué estamos listos!

Y volvió a su mesa para enfrascarse en el estudio del proceso de tres espías a los que a la mañana siguiente pensaba hacer ejecutar.

# CAPÍTULO II

Fuerte H, o Fort Latimer como ahora se llamaba, estaba situado en el centro de una planicie rodeada de montañas. Dado su emplazamiento, controlaba todos los movimientos en el valle y todo el tráfico con la cercana frontera mexicana, por lo que resultaba muy molesto para los sudistas que guardaban aquel alejado sector. Ahora bien, la posición del fuerte también era muy vulnerable. No se concebía cómo había podido resistir tantos asedios.

La bandera del Norte flameaba al viento, enhiesta sobre el edificio central del fortín. Todo el resto de éste estaba rodeado por una alta empalizada de troncos tras la que estaban los puestos de escucha y de tiro. Un dormitorio para la tropa, el polvorín, el almacén y la oficina de mando contenían la totalidad de la posición, protegida por ochenta hombres al mando, en la actualidad, del teniente Springley. Su adjunto era el sargento Oskar.

Precisamente en aquel momento estaban observando la llanura con un poderoso largavistas, mientras la guarnición descansaba y sólo los centinelas y el retén se mantenían en sus puestos.

Springley era un hombre alto, delgado, elegante, que sabía llevar el uniforme con una gracia especial. Sus cabellos rubios muy largos asomaban por debajo del borde del kepis. Llevaba una capa sobre los hombros, porque había cambiado el tiempo y desde las montañas llegaba un viento helado. Sus botas de montar estaban irreprochablemente limpias.

El sargento Oskar, en cambio, tenía todo el aspecto de un gigante desaliñado. El ejército no había encontrado para él una guerrera lo bastante grande y la que le correspondió tenía que llevarla siempre desabrochada para no reventarla. Sus brazos eran largos cómo los de un gorila, su mandíbula granítica, y sus puños

parecían dos mazas con las que hubiera podido partirse un tronco.

—¿Se ve algo? —Gruñó.

—Nada.

—Era hoy cuando tenían que llegar, ¿verdad?

—Justo. Hoy.

El sargento Oskar lanzó una carcajada.

—También tiene gracia. Una inspección aquí… ¿Qué quieren? ¿Ver si llevamos los uniformes limpios?

—No te rías, Oskar. Seguramente nos ascenderán. Y habrá condecoraciones para todos.

—Ah, eso es distinto.

—También para mí será motivo de satisfacción. Van a confirmarme en el mando.

—Y yo estaré encantado, teniente.

De pronto, Springley detuvo su catalejo en un punto concreto del horizonte. Acababa de ver un puntito de polvo que seguramente estaba en la falda de las montañas. Eso indicaba que una pequeña tropa de jinetes se estaba acercando, aunque ni siquiera había llegado a formarse aún la clásica nube de polvo que en aquella zona acompañaba a todas las cabalgadas.

—Ya llegan —musitó.

—¿El coronel Simpson?

—Sí… El coronel Simpson y ése imbécil de hijo de Latimer. Hace falta ser tonto para venir hasta aquí.

—Quizá no sea tan tonto —dijo significativamente Oskar.

Springley le miró durante unos instantes. El sargento le sostuvo la mirada.

Luego los dos sonrieron a la vez.

—Veremos… —dijo Springley—. Llama al corneta.

El corneta se presentó poco después. No era un muchacho, como en la mayoría de los regimientos, sino un cincuentón granujiento que continuamente pasaba la frontera y que apestaba a alcohol. Claro que un muchacho difícilmente hubiera podido soportar aquella vida.

—¿Qué órdenes hay, teniente?

—Toca llamada.

—Enseguida.

Los claros acordes del cornetín reunieron a los hombres

inmediatamente en el gran patio central. Todos habían estado hasta aquel momento en sus literas, jugando a los naipes o dormitando, y en la formación aún se abrochaban las guerreras o se ponías los kepis a toda prisa. La mayoría de ellos eran hombres forzudos, de una rudeza a toda prueba, aunque parecían enanos al lado de aquella enorme torre humana que era el sargento Oskar.

Éste paseaba entre ellos, metiéndoles prisa.

—¡Vamos, hatajo de gandules, pandilla de piojosos! ¿Es que ya no os acordáis de los toques de ordenanza? ¿Qué esperabais? ¿Que os trajesen el desayuno a la cama?

Cuando ya estuvieron todos formados, el teniente Springley se detuvo ante ellos, dejando que el viento meciera suavemente los pliegues de su capa.

Componía una bonita estampa allí, ante sus hombres, rígido como un poste, con la apostura, del militar que siente el orgullo de no haber sido vencido nunca.

—¡Firmes! —ordenó Oskar.

Todos se cuadraron con perfecta rigidez.

—Cualquier militar debe estar preparado para lo imprevisto —dijo Springley con voz clara y alta—, y últimamente han ocurrido dos cosas que ninguno de nosotros esperaba en modo alguno, pero a las que debemos hacer frente. Una ha sido el asesinato del mayor Latimer, nuestro jefe, la cual me ha obligado a tomar provisionalmente el mando. La segunda cosa inesperada es la visita de inspección del coronel Simpson, que un correo militar me anunció hace muy poco, y el cual está llegando ya porque he visto su escolta descendiendo de las montañas. Yo espero de todos vosotros que no dejéis en mal lugar el nombre del fuerte, y que vuestra disciplina y espíritu de combate queden bien de manifiesto. Todos sabéis lo mucho que nos interesa el que Simpson vea que todo marcha perfectamente. Además es muy posible que los sudistas ataquen. Llevan ya mucho tiempo quietos.

Hizo una pausa y cambió de posición para seguir hablando a sus hombres.

—Hay otra cosa inesperada en cierto modo. El mismo correo militar me anunció que con Simpson viene el hijo de Latimer. Es un chico que no se parece en nada a su padre. Me han asegurado que se dedica a… dar clases de música.

Todos los presentes, empezando por Oskar, lanzaron una brutal carcajada. Algunos se inclinaron incluso y se llevaron las manos al vientre, perdiendo la posición de firmes.

Springley impuso silencio.

—Por descontado —dijo—, os prohíbo terminantemente que le gastéis bromas de cualquier clase que sean. Será tratado con el respeto y la consideración que merece el hijo del ex jefe del puesto. ¡Brigada Higgins!

Un hombrecillo insignificante —el único enteco que había en toda la formación—, se adelantó saliendo de las filas. Llevaba bajo el brazo un grueso libro como los que emplean los contables.

—Brigada Higgins —preguntó el teniente—, ¿lleva usted al día la contabilidad del almacén?

—Sí, señor.

—Como usted sabe bien —dijo Springley—, el mayor Latimer estaba autorizado por el Gobierno para comprar mercancías en México y comerciar con los indios de la zona. Así los teníamos de nuestra parte y nos prestaban ayuda en caso necesario. También el mayor Latimer obtenía unos ingresos particulares que eran el justo premio a su valor…

Como vio que algunos hombres murmuraban, gruñó:

—¡Silencio! ¡Vosotros nunca estáis contentos de nada! ¿Qué queríais? ¿Que se repartiera entre todos lo del mayor Latimer? Ése es dinero suyo y por tanto pertenece íntegramente a su heredero. Supongo que el coronel Simpson querrá también inspeccionar eso. ¿A cuánto asciende el saldo, brigada Higgins?

—A tres mil dólares, señor.

—Una miseria. ¡Y ahora todos al dormitorio! ¡Quiero que dentro de diez minutos esté tan limpio que el coronel Simpson, si le apetece, pueda pasar la lengua por el suelo! ¡Arreando! ¡Dentro de diez minutos justos volveré a tocar llamada!

Los hombres se dispersaron a toda velocidad. Diez minutos justos después, el cornetín volvió a sonar. Los hombres, ya irreprochablemente vestidos, formaron en el patio.

Un centinela avisó desde su puesto:

—Tropa a la vista, señor.

—¿Cuántos hombres?

—Doce jinetes, señor. Uno de ellos lleva los entorchados de

coronel, y los otros son soldados, con la excepción de un paisano.

—Ése debe ser el «pulguita», el hijo de Latimer —murmuró Oskar conteniendo la risa—. ¡Menuda la armaría yo si me dejaran!

Springley ordenó:

—¡Abran las puertas! ¡Que forme la guardia presentando armas! ¡Corneta! ¡Llamada de atención!

Sonó el clarinazo, imprimiendo una emotiva vibración a la quietud de la llanura. Los hombres aumentaron la rigidez de su estricta posición de firmes.

Las puertas se abrieron.

La guardia, a excepción de los centinelas que continuaban en sus puestos, formó presentando armas. Los jinetes que ya estaban a poca distancia, aminoraron la marcha de sus caballos.

El coronel entró en primer lugar.

Era un hombre grueso, cuadrado, pero reflejando en sus ojos una indomable energía. Sus hombres, todos escogidos, llevaban los rifles cruzados sobre las sillas y parecían dispuestos a repeler el menor ataque.

Con ellos iba el paisano que habían anunciado.

El sargento Oskar tuvo que apretar las mandíbulas con toda su fuerza para contener una carcajada, en tanto que el teniente Springley, con expresión indescifrable, arqueaba elegantemente una ceja.

El paisano era lo más opuesto a lo que se espera ver por un fortín militar de avanzada. No montaba demasiado bien a caballo, y las ropas anchas le sentaban desastrosamente. Llevaba un sombrero que parecía el de un predicador. Las gafas le bailaban sobre la nariz demasiado pequeña, y llevaba el rifle cruzado sobre la silla como el que lleva una escoba.

El teniente saludó con su sable.

—A sus órdenes, mi coronel. Sin novedad en el fuerte.

El coronel se apeó.

Miró satisfecho en torno suyo, observando la perfecta marcialidad de aquellos hombres que habían estado viviendo en un infierno y sin embargo, conservaban sus uniformes enteros y limpios, sus rifles bien engrasados y sus caras sin un asomo de barba.

—Es magnífico —elogió.

—Si desea pasar revista, mi coronel…

—Lo haré con mucho gusto.

Pasó ante los hombres en posición de firmes, mientras los otros jinetes aún continuaban en sus caballos. Todo era perfecto e irreprochable en aquella tropa. El coronel no sólo estaba encantado, sino que en verdad no lo comprendía.

—Dadas las circunstancias en que ustedes viven, rodeados de sudistas por todas partes —murmuró—, y siendo atacados continuamente, no comprendo cómo pueden conservarlo todo en perfecto estado de revista. Yo esperaba hallar una guarnición heroica, pero maltrecha y con los uniformes hechos harapos. Le felicito, teniente, y le confirmo en el mando. Le anuncio, además, que mi informe hará que sea inmediatamente elevado al grado de capitán.

—Gracias, señor.

—Ah, olvidaba presentarle al hijo del mayor Latimer. ¿Quiere ordenar que rompan filas?

—Desde luego, señor. —El teniente se cuadró ante sus hombres y gritó—: ¡Rompaaan filaaaas…!

Todos los soldados saludaron y se diseminaron por el patio velozmente. Sólo el sargento Oskar permaneció junto a Springley, que se acercó con el coronel al caballo donde aún estaba el paisano.

—Le presento al hijo del mayor Latimer.

Springley le tendió la mano.

—¿Cómo estás, muchacho?

—No me llame muchacho. Tengo ya veinte años —dijo el otro con voz ronca.

—Ah, perdón.

—Debe disculparle —dijo el coronel—. Su padre era un héroe, pero precisamente porque conocía los horrores de la guerra quiso tener a su hijo alejado de éstos. Aunque… bueno, aunque creo que se le fue un poco la mano. Ese muchacho me ha dicho que jamás empuñó un rifle.

El teniente hizo un gesto comprensivo, como disculpándolo.

—Eso se remedia fácilmente. Si los sudistas atacan, no tendrá más remedio que aprender. ¿Van a quedarse aquí mucho tiempo?

—Sólo un día.

—Mejor. La posición es peligrosa.

Springley llevó al coronel a la oficina de mando, donde él ya había hecho poner ropas limpias a la cama de campaña.

—Puede dormir aquí, coronel. Es el puesto del jefe.

—¡Oh, no…! Dejaré ese honor a mi joven amigo, el hijo de Latimer. El pobre ha venido deshecho después de la galopada, porque… no monta muy bien que digamos. Me ha dicho que prefería acostarse.

—Claro que sí —susurró Springley, siempre mostrándose indulgente.

El sargento Oskar gruñó desde la puerta:

—¿Necesita que le desnuden o sabe hacerlo solo?

—¡Sargento!

—¡Hum! Perdone, señor.

—¡Retírese inmediatamente!

—A la orden, señor. Enseguida, señor. Me voy a tomar viento, señor.

Salió disparado. Mientras tanto el paisano lanzó un suspiro de desaliento.

—Parece que no he caído muy en gracia a sus hombres, ¿ch, teniente?

—No les haga caso. Están acostumbrados a vivir en condiciones muy difíciles, y creen que todo el mundo ha de ser como ellos.

—Quizá considere vergonzoso el que yo me acueste ahora, pero… estoy molido del viaje.

—Ni lo piense. Todos nos cansamos. Yo era muy amigo de su padre, ¿sabe? Y espero que usted y yo también lo seamos. —Springley se miraba, un poco confuso, las botas perfectamente limpias—. Acuéstese y no piense en nosotros. Si oye tiros porque los sudistas atacan, usted permanezca aquí. Es el lugar más seguro.

Hizo un saludo y salieron todos.

—Lástima de muchacho —gruñó el coronel cuando estuvieron fuera—. Su padre era un león, y él en cambio…

—¿Qué se sabe del hombre que asesinó a Latimer?

—Nada aún, a pesar de que se le busca. Por fortuna le vio bastante gente en Vicennes, y tenemos descripciones muy exactas. Caerá, no tenga la menor duda.

El teniente apretó los labios.

—Coronel, usted sabe que Latimer tenía autorización para

comerciar con los indios.

—Sí, lo sé. Se le toleraba.

—Hay a su favor un saldo de tres mil dólares. Espero que me permita entregarlos a su heredero.

—Por supuesto.

—He hecho preparar también una comida extraordinaria en su honor. No puede ser gran cosa, porque vamos justos, pero en cambio hay ríos de tequila que nos llegan desde el otro lado de la frontera. Quisiéramos agasajar a sus hombres.

—De acuerdo, pero con la condición de que los suyos no beban demasiado. ¿Podrían atacar los sudistas?

—En cualquier momento. Pero no se preocupe, mis hombres no beberán más que lo indispensable para animarse un poco.

La comida empezó tarde, y fue buena dadas las circunstancias. El paisano no asistió a ella porque estaba durmiendo. Durante la comida y después de ésta, corrieron ríos de tequilla.

Los hombres que estaban de guarnición bebieron moderadamente, y a partir de determinada hora no probaron una gota más, mostrándose perfectamente disciplinados. En cambio los que habían servido de escolta al coronel bebieron como piratas. Al anochecer, estaban borrachos como cubas, y eran incapaces de tenerse en pie.

Fue entonces cuando uno de los centinelas gritó:

—¡Alarma! ¡Caballería enemiga a la vista!

El cornetín tocó llamada inmediatamente. Todos los soldados del fuerte, a pesar de lo que habían bebido, se pusieron en pie y empuñaron sus armas. Los otros no pudieron ni moverse de sus asientos. El mismo coronel apenas era capaz de dar un paso.

—¿Qué…? ¿Qué ocurre? ¿Los sudistas? ¿Y quién les manda molestar a estas horas?

—Está anocheciendo, señor. Es su momento preferido, y por eso no he querido que mis hombres bebieran.

Springley salió inmediatamente y regresó unos minutos después. Parecía pálido.

—Traen un cañón, señor.

—¿Qué… dice?

—Son ciento cincuenta jinetes, y arrastran una pieza de artillería ligera. Hasta ahora nunca las habían empleado, señor. Me temo que

sea el peor ataque desde que estamos aquí.

—¿Y… qué piensa hacer?

—Usted tiene el mando, señor.

—¿Yo? ¡Hip…! Bueno, claro… Pues… ¡Yo le concedo ese honor, Springley! ¡Usted es el que conoce el fuerte!

—Gracias, señor, pero le sugiero que permanezca junto a mí. Mis hombres se sentirán alentados con su presencia.

Al coronel aquello le pareció de perlas. Se sentía halagado.

Con paso torpe trepó hasta uno de los puestos de tirador del fuerte. Desde allí vieron que los sudistas habían desplegado para el ataque y que montaban ante la puerta una pieza.

—La han colocado demasiado cerca —dijo el teniente.

—¿Qué quiere insinuar?

—Pues que se han confiado y están a tiro de nuestros fusiles. Es probable que no se den cuenta, o quizá tengan exceso de confianza en sí mismos. Pero les vamos a dar una lección. ¡Sargento Oskar!

—Diga, señor.

—Quiero que cinco tiradores escogidos disparen exclusivamente contra los servidores de esa pieza. Ha venido mucha caballería, pero poquísimos artilleros.

Si los eliminamos, el cañón quedará inservible.

—Enseguida, señor.

Cinco hombres armados con rifles se situaron en el lugar indicado por el teniente. En aquel momento el cañón lanzó la primera descarga.

Fue certera.

Las puertas del fortín volaron, arrancadas de cuajo, como si se las hubiese llevado un huracán. Afortunadamente, no había soldados tras ella. Pero en el fuerte se hizo una brecha. La caballería avanzó, a sable desnudo, lanzando salvajes aullidos.

El paisano, que hasta entonces había dormido vestido sobre la cama militar, dio un brinco tremendo al oír el cañonazo. Y aún no se había repuesto cuando llegaron hasta sus oídos los salvajes gritos de la caballería sudista a la carga.

Un medio cerval se apoderó de su espíritu. No pudo permanecer en aquel encierro, sin saber lo que sucedía. Temblando, salió, de la oficina de mando y corrió hacia el puesto de tiro donde se hallaban el teniente y el coronel Simpson.

Éste farfulló:

—Pero, ¿qué infiernos hace aquí?

—Yo…Yo… un… ¡Un cañonazo!

—No se preocupe —dijo Springley—. No volverán a disparar.

Sus hombres escogidos habían abierto fuego ya. Sus rifles tronaron. Como en una alucinación, vio a los artilleros caer como muñecos. Otros hombres corrieron hasta la pieza, pero igualmente fueron abatidos por aquellos diablos que no parecían fallar un tiro. Mientras tanto, los demás aún no habían abierto fuego contra la caballería.

Ésta se encontraba ya a unas cien yardas.

Se veían brillar los sables de asalto. Sus gritos estremecían el aire.

Springley se ajustó bien la capa sobre sus hombros como si estuviese en unas maniobras.

Luego se irguió en toda su alta estatura.

—¡Fuego!

Noventa rifles tronaron a la vez. Toda una fila de jinetes cayó. Los caballos, desmontados, se alzaron de remos, haciendo tropezar a los que venían detrás.

—¡Fuego!

Una nueva descarga atronó la noche. Varios jinetes más cayeron en confuso montón. A unas cincuenta yardas del fuerte se había formado ya una verdadera pila de cadáveres.

Pero lo sudistas eran valientes.

Insistían.

Saltando sobre los muertos, los jinetes que quedaban vivos llegaron hasta la misma puerta del fortín. Allí, una doble fila de tiradores les esperaba con perfecta calma, Springley, desde arriba, gritó la orden:

—¡Fuego!

Caían como muñecos, como peleles deshechos. El coronel Simpson estaba boquiabierto, maravillado y a punto de lanzar gritos de entusiasmo. En cuanto al paisano, jamás había visto una carnicería semejante.

¡Los sudistas atacaban a pecho descubierto, temerariamente, despreciando el peligro! ¡Parecía como si quisieran morir!

Un oficial alto, moreno, trepaba ya por la empalizada, con el

revólver en la derecha. Le acompañaba un verdadero gigante que tenía una cicatriz cruzándole toda la cara.

El paisano se fijó en ellos porque los estaba mirando desde lo alto de la empalizada sin darse cuenta de peligro. Era un espectáculo salvaje, frenético, que llegaba a hipnotizar. Vio a Springley mover el revólver.

De dos disparos hizo caer a los dos hombres. Ambos se desplomaron con el mismo gesto, lanzando un espantoso alarido y llevándose las manos a sus caras, donde sin duda habían sido alcanzados. Quedaron inmóviles retorcidos al pie de la empalizada, mientras otros asaltantes, también alcanzados, caían sobre ellos en confuso montón.

Era un desastre para los sudistas. Una auténtica matanza.

De pronto una corneta tocó retirada.

Los uniformes grises se dispersaron en todas direcciones, abandonando el ataque. Los defensores del fuerte tiraron a discreción, afinando la puntería. Bastante de los que huían aún cayeron en el último momento, llevándose las manos a la espalda, hasta que Springley ordenó cesar el fuego.

Luego se cuadró ante el coronel.

—Ataque rechazado, señor. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Usted… las da… todas, teniente.

—Entonces, con su permiso, indicaré a algunos de mis soldados que reúnan los caballos dispersos del enemigo y los encierren en nuestras cuadras. También dispondré que los cadáveres sudistas sean llevados lejos y enterrados, para evitar cualquier peligro de epidemia. Mañana no quedará ni rastro del combate, señor. Y ahora, ¿quiere tomar otro trago en mi compañía?

# CAPÍTULO III

La noche ya se había enseñoreado totalmente del paisaje. El silencio en el fortín era total. No se oía ya ni el rumor de los grupos de soldados que habían recogido los caídos sudistas para llevárselos bien lejos.

Todo estaba en calma, como si aquél fuera un remanso de paz en lugar de un cruel escenario de la guerra.

En el puesto de mando, a la luz de un quinqué de petróleo, el único paisano que había en el fuerte revisaba los papeles y objetos que habían sido de su padre. Todo estaba reunido en un cajón cuya llave se encontraba en la cerradura. Había allí órdenes cuidadosamente clasificadas, estados de situación de la tropa y el material, algún dinero, peticiones dirigidas a los superiores y numerosas cartas que la esposa de Latimer había dirigido a éste en los últimos tiempos.

Las manos que ordenaban todo aquello en varias pilas tropezaron entonces con una foto que estaba en el fondo del cajón, casi oculta entre los demás objetos.

Era la foto de una hermosa muchacha.

Tomada con la técnica del daguerrotipo, que entonces empezaba a popularizarse, representaba el rostro de una belleza de unos diecinueve o veinte años, con largos cabellos rubios, ojos rasgados, labios sensuales y una figura que, prolongando los bordes de la foto, no resultaba difícil pensar que tenía líneas de diosa.

Aquella cartulina tembló en los dedos que la habían recogido.

El silencio seguía siendo total.

Pese a ello, el paisano no se dio cuenta de que la puerta de la oficina de mando, a su espalda, acababa de abrirse. El teniente Springley, todavía con su capa sobre los hombros, con su aspecto

aristocrático y distinguido, lo contemplaba en silencio todo.

Y entonces la voz del teniente susurró:

—Bonita, ¿verdad?

Con un gemido, el paisano se volvió.

Se encontró con unos ojos de expresión lejana, indescifrable.

—A pesar de haberte cortado el pelo, haberte arreglado las cejas y haberte puesto ropas anchas para que no se adivinen tus formas, sigues estando guapa —dijo Springley lentamente.

# CAPÍTULO IV

El paisano se volvió. Una brusca expresión de miedo y de asombro había asomado a sus ojos.

Las facciones de Springley continuaban inmutables. Su mirada estaba fija, como la de un halcón, en la temblorosa figura que tenía delante.

—¿Có… cómo sabe…? —balbució ella.

—Esa foto estaba ahí desde mucho tiempo antes de llegar tú —dijo con aspereza—. Tu padre la guardaba con mucho cariño, y yo la vi varias veces. ¿Olvidas que era su más íntimo colaborador y su segundo en el mando? Por eso, cuando viniste, me bastó una ojeada para darme cuenta de la comedia. No has cambiado demasiado, desde luego… ¡Lo único que lo estropea todo son estas malditas ropas!

De dos zarpazos le quitó la chaqueta y le desgarró la camisa. Debajo de ésta terminaban las ropas masculinas. Y allí empezaba la ropa interior, palpitante, de una verdadera señorita. Los ojos de Springley parpadearon al captar el impacto de la piel joven, perfumada. Al darse cuenta instantáneamente de que en toda su vida había visto a una mujer como aquélla.

—Deliciosa… —susurró—. Pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera conozco tu nombre.

—Me… Me llamo Ingrid.

—Muy bien, Ingrid. Continuarás aquí.

—Gracias… Tenía miedo de que…, de que me hicieran dormir con los soldados. Durante el viaje he pasado muchos apuros para que no notasen que…

—Lo comprendo. Por eso no debes preocuparte, ya que ésta será tu habitación. Te quedarás definitivamente aquí.

—¿Definitivamente? No comprendo… El coronel regresa mañana…

—Tú no.

Ella apretó los labios, palideciendo. En su rostro apareció una expresión de energía.

—He fingido ser un hombre porque supuse que así averiguaría con más facilidad todo lo referente a mi padre —susurró—. Él era un hombre tan misterioso, tan extraño, y sabía tan pocas cosas de él, que imaginé que de ese modo podría conocer las causas de su muerte. Un hombre tiene entrada en sitios donde una mujer no puede ni acercarse, y así consigue averiguar mucho más… Pero mañana regresaré con el coronel. Le explicaré la verdad. No pienso quedarme en este infierno.

Springley dijo tranquilamente:

—Precisamente porque es un infierno, te quedarás aquí.

—¿Qué… quiere decir?

—No hay mujeres aquí. Yo necesito una.

Ingrid palideció aún más. Su rostro adquirió una expresión cadavérica. Sólo sus ojos brillaron con energía cuando murmuró:

—No se atreverá. Soy la hija del hombre a quien usted obedecía. No hará esa granujada…

—Hay dos razones fundamentales por las cuales tú permanecerás en Fort Latimer. La primera es, sencillamente, que te mataré si no te quedas. Aunque te parezca increíble, puedo hacerlo con una facilidad pasmosa, disimulando un descuido de un centinela. En segundo lugar, te interesa quedarte porque cerca de aquí han capturado al asesino de tu padre.

A la muchacha le había impresionado la primera amenaza porque sabía que Springley no hablaba en broma. Pero la segunda noticia le hizo dar un brinco, quedando sentada en el lecho.

—¿Dices… que han detenido al asesino?

—Sí. Un confidente indio me lo ha comunicado hace apenas media hora.

—¿Y dónde está?

—En Crystal City.

—¿Quién manda allí?

—Nadie exactamente. No sé si te darías cuenta al bordear la ciudad, camino del fuerte. Éste es territorio del Sur, pero como el

general Lee no puede tener tropas en todas partes, la ciudad se gobierna a sí misma. Hay un alguacil nombrado por los vecinos, un juez y un principio de Ley. Aquello depende de la jurisdicción militar sudista, pero los soldados sólo llegan de vez en cuando.

Ingrid reflexionó velozmente. Su cabeza era un auténtico torbellino.

Se daba cuenta de que el coronel querría soslayar el paso por Crystal City, como había hecho a la venida, para no correr el riesgo de tropezarse con los sudistas. En esas circunstancias, ella no vería jamás al asesino de su padre. Mientras que si se quedaba…

Fue un problema angustioso, que la torturó durante largos minutos, pero al fin venció su valor. Resolvió tener confianza en sus fuerzas, confianza en sí misma.

—Me quedaré —dijo—. Pero no intentarás acercarte a mí porque también yo puedo tener un «descuido» como un centinela cualquiera. También a mí se me puede disparar un revólver y decir luego que te he matado por equivocación.

Springley sonrió suavemente, mostrando la doble hilera de sus bien formados dientes.

—Lo tendré en cuenta, muñeca. —Se dirigió hacia la puerta—. ¡Ah! Olvidaba decirte que hay ropas de mujer en ese armario. Creo que te sentarán muy bien, y estarás infinitamente más bonita.

Señalando el único armario que había en la habitación. Ella musitó:

—¿Ropas de mujer? ¿Y por qué están aquí?

—Muy sencillo. Por si alguna vez necesitaba enviar de noche algún espía a la zona sudista. Las ropas de mujer dan buen resultado en esos casos. Pero te las puedes poner tranquila porque no han sido usadas nunca. Y te sentarán muy bien…

—¿Qué diremos… a la guarnición?

—Por la guarnición no debes preocuparte. Yo me encargaré de eso.

Mostró la mano mordida por la muchacha, y por la que aún resbalaban algunas gotitas de sangre.

—Y esto no volverá a suceder…

Cerró la puerta, mientras Ingrid se ocultaba el rostro bruscamente, para tapar su llanto.

Tal como Springley había predicho, ella simuló al día siguiente

encontrarse enferma.

Cuando el coronel Simpson entró en la oficina de mando, Ingrid estaba tapada hasta el cuello por las ropas de la cama. No le costó trabajo fingir una enfermedad porque, en efecto, la angustia le hacía tener incluso fiebre.

Simpson lamentó verdaderamente aquel contratiempo.

—¿Cómo podrá usted volver, señor Latimer?

—No se preocupe; me las arreglaré solo.

—En todo caso, está usted seguro mientras permanezca aquí. Los que guarnecen este fuerte son unos verdaderos héroes. ¿Vio el ataque de anoche? ¡Qué espantosa derrota sudista!

—Sí… Ya lo vi.

Ingrid tenía que reconocer en su fuero interno que, en efecto, Springley y los suyos eran unos valientes. Eso no podía discutirlo. Era incluso milagroso que se mantuvieran en una posición tan difícil, aislados y resistiendo continuos ataques enemigos.

Simpson le tendió la mano, que ella mostró sólo tímidamente por encima de las ropas.

—Le deseo suerte —dijo el coronel—. Al fin y al cabo está usted ahora en el puesto que le corresponde. El puesto que tan dignamente defendió su padre.

Saludó y se fue.

Ingrid quedó sola. Tuvo la sensación física, espantosa, de su propia soledad, cuando oyó el rumor de los cascos de los caballos que se alejaban y cuando oyó el sonido del cornetín saludando a los jinetes que se alejaban por la llanura.

Se sentía completamente aturdida.

Los músculos de todo el cuerpo le hacían daño. La opresión moral se había transformado en un malestar físico que la vencía.

Pero intentó darse ánimos y trató de levantarse.

En aquel momento la puerta se abrió.

Un auténtico gigante apareció en el umbral. Era una especie de oso cuyos ojos muy abiertos miraban con asombro la figura femenina.

—¡Ca… Caramba! —Gruñó.

El sargento Oskar dejó sobre un borde del lecho la ropa femenina bien limpia y planchada de que era portador. Luego miró a la muchacha. Su boca se le estaba abriendo, y tuvo que cerrarla

bruscamente.

—Diablos… —Gruñó—. ¡Qué muñeca!

Y salió bruscamente, envolviendo a Ingrid en una mirada llameante que hizo temblar de pies a cabeza a la muchacha.

Ésta se lavó y se vistió presurosamente.

Tenía miedo de seguir desnuda.

Cuando abrió la puerta y salió tímidamente al patio central, hubiera deseado morirse. A pesar de que, por lo visto, Springley, había dejado permanecer fuera solo a los que tenían un trabajo que cumplir, los hombres que estaban en el exterior la devoraban con los ojos. Ingrid, que tenía la conciencia de estar más bonita que nunca, hubiera deseado que la tierra se la tragase en aquellos momentos.

Alguien se acercó a ella. El tintinear suave de unas espuelas le advirtió.

Elegante como siempre, con su capa flameando al viento, Springley se acercaba a ella.

Unos ojos de fuego recorrieron cada turgencia, cada una de las curvas turbadoras de su cuerpo.

—Estás muy bonita… —susurró—. No imaginaba que lo fueses tanto.

—De poco te va a servir el que yo sea bonita o no.

—Eso ya lo discutiremos. ¿Vas a Crystal City?

—Sí.

—Tienes mucho interés por conocer al asesino de tu padre…

—Lo que tengo es interés en hablar con él. Quiero saber por qué lo mató.

Springley sonrió suavemente.

—Anoche no te lo dije todo, Ingrid. No quería causarte demasiadas emociones a la vez. Pero hay otra razón para que te quedes aquí.

—¿Otra razón? ¿Cuál?

—Tu mismo padre lo deseaba.

Extrajo de uno de sus bolsillos una carta muy breve, que tendió a la muchacha. La carta, incuestionablemente estaba escrita de puño y letra del mayor Latimer, que Ingrid conocía muy bien. En ella le decía simplemente que deseaba que se quedase en Fuerte H al menos tres semanas. De lo contrario la desheredaría.

Y terminaba: «El notario Percival, de la ciudad de Vicennes, tiene mi testamento. Sólo justificando que has pasado tres semanas en el fuerte podrás presentarte ante él para que te sea leído. De lo contrario, entrará en juego una cláusula en virtud de la cual quedarás desheredada».

Ingrid acabó de leer la hoja y la dobló con gesto pensativo, absorto. No comprendía nada, absolutamente nada de todo aquello.

—Mi padre hizo testamento en la misma ciudad donde lo mataron… —balbució—. Parece como si hubiera adivinado lo que le tenía que ocurrir…

—Reconozco que es extraño —dijo Springley—, pero ya ves que, de un modo u otro y por la razón que fuese, él tenía interés en que te quedaras en el fuerte. De modo que te conviene hacerlo.

La muchacha estaba atónita. Creía estar viviendo una pesadilla.

—Voy a Crystal City —musitó—. Quiero ir cuanto antes.

—Muy bien, puedes hacerlo. Prácticamente aquello es tierra de nadie, de modo que puedes obrar con la mayor naturalidad. La línea principal del frente cae tan lejos… El alguacil se llama Thompson. Pregunta por él, y te facilitará una conversación con el asesino.

Dio dos palmadas, y el propio sargento Oskar se presentó trayendo por la brida un caballo que parecía más pequeño que él.

—Puedes irte. Pero volverás… ¡Fort Latimer es el único lugar donde, al menos, puedes conservar la vida!

La muchacha saltó ágilmente sobre la silla. Aquel aire desgarbado que había fingido con las ropas masculinas, estaba ya muy lejos. Ahora era una muchacha ágil, joven, llena de elasticidad y de salud, aunque su alma estaba destruida por dentro.

Las puertas del fuerte estaban siendo reparadas, y por tanto no necesitó que nadie se las abriese. Vio que en la llanura no quedaba ninguna huella del sangriento combate. Todos los cuerpos habían sido retirados, las armas recogidas, y los caballos libres introducidos en las cuadras del fuerte.

Ingrid dejó que su caballo la llevase un poco según su instinto. Necesitaba respirar aire puro, sentirse libre y escapar a aquella siniestra sensación de pesadilla.

Cuando se dio cuenta, estaba bordeando las montañas del lado opuesto a Crystal City. Por la posición del sol adivinó que el caballo

la había conducido casi en sentido contrario. Ahora debía estar prácticamente al borde de la frontera mexicana.

Bueno, eso no tenía importancia. Haría que el caballo volviese grupas.

Iba a obligarle a ello cuando vio en el suelo algo que le llamó la atención.

Huellas, huellas casi petrificadas sobre la tierra.

Por lo visto, y en uno de esos fenómenos que se producen con frecuencia en las zonas semidesérticas, había llovido torrencialmente días antes, formándose un verdadero barrizal. Sobre éste había pasado una larga columna de hombres… con la particularidad de que todos iban descalzos. Las huellas de sus pies habían quedado clarísimamente impresas en el barro reciente. Luego el sol, saliendo de repente, con esa fuerza terrible que tiene en las zonas del Sur, había secado el barro en cuestión de minutos, dejando allí las huellas como extrañas esculturas. Y ahora la muchacha las había descubierto.

Era algo que no entendía.

¿Huellas de pies descalzos… que se dirigían hacia México?

Era absurdo, pero real. No podía dudar de lo que sus propios ojos estaban viendo.

Confusa, aturdida, la muchacha hizo volver grupas a su caballo, alejándose de allí.

Sus pensamientos eran un volcán.

Crystal City, la ciudad que habían bordeado en el viaje, evitando pasar por ella, tenía un aspecto bien curioso cuando se la contemplaba de cerca. No podía negarse que era una ciudad rica, pero una de esas ciudades enriquecidas a toda prisa por la guerra. Todo daba la sensación de ser provisional, transitorio y de estar destinado al dinero fácil. Llamaba la atención la gran cantidad de casas de bebidas y el elevadísimo número de mujeres de vida alegre que pululaban por allí. Seguramente tropas sudistas debían ir a descansar a aquella zona tranquila, y se procuraba que tuvieran diversiones. Pero ahora la muchacha no distinguió ni un solo uniforme gris. Por lo visto, la matanza de la noche anterior había hecho que todos los sudistas se retirasen. La guarnición de Fort Latimer hubiera podido ocupar perfectamente la ciudad, sin disparar un tiro, pero seguramente no lo hacían porque no les

convenía dispersar sus fuerzas.

La muchacha avanzó hacia un rótulo desteñido por el sol donde se leía claramente: «Marshall».

El alguacil estaba dormitando cuando ella entró. Pero se puso en pie y abrió unos ojos como platos al advertir su presencia.

—¡Madre mía! ¡Qué cantidad de curvas!

—Pues no se maree, alguacil porque puede ser peligroso. He venido a ver al asesino de mi padre.

—¿Es usted la hija de Latimer?

—Sí.

—Claro, ahora recuerdo… Este caballero me había anunciado su visita.

Señaló hacia un ángulo casi detrás de la puerta, y hacia el que lógicamente la muchacha no había mirado aún. Vio allí, aplastando una silla bajo su peso, el inmenso corpachón del sargento Oskar, quien sin embargo, vestía ahora de paisano. Él la contemplaba socarronamente.

—¿Sorprendida, duquesa?

—¿Qué hace usted aquí?

—Springley me envió para protegerla. Pero se ha retrasado mucho, muñeca… Naturalmente, por lo que pueda ocurrir, no luzco aquí mi magnífico uniforme. Acostumbro a hacerme pasar por un comerciante. Toda la población lo sabe, pero la gente de aquí, cuando vienen los sudistas, no quieren buscarse líos.

—Veo que la vida en Fort Latimer no es tan terrible, después de todo, como yo había imaginado.

—Oh, hay momentos para todos los gustos…

Oskar se puso en pie y abrió una puerta lateral. Más allá había un pequeño vestíbulo y la reja de una celda. En esa celda se encontraba un hombre.

Ingrid Latimer avanzó poco a poco, oyendo el sonido de sus propios pasos, mientras miraba fijamente al asesino de su padre.

Era un vaquero, un hombre del Oeste. De eso no cabía duda.

Tendría unos veinticinco años. A Ingrid le recordaba algo, pero no sabía qué. Vestía camisa negra, pantalones de montar y pañuelo al cuello. No llevaba revólver, pero se adivinaba instintivamente que lo había estado usando durante toda su vida.

El hombre la miraba con tranquilidad, sin miedo.

Un frío odio fue apareciendo poco a poco, sin que ella se lo propusiera, en las pupilas de Ingrid.

Allí estaba el hombre que había hecho cambiar su vida, el que asesinó sin motivo a un militar honrado como su padre. Allí estaba el culpable, frío, despectivo, casi orgulloso de su crimen, quien la contemplaba con una mirada insolente.

Tenía una mano atada a una argolla de la pared.

Oskar apareció tras ella, acompañado del alguacil.

—¿Por qué está sujeto? —preguntó Ingrid.

—Porque no cesa de alborotar. Es una fiera.

Ingrid se acercó hasta el borde de las rejas.

Miró al hombre fijamente.

—Soy Ingrid Latimer —dijo con voz tensa.

—Y yo soy Ted Barton. ¿Qué quiere? ¿Casarse conmigo?

—Quiero saber si fue usted quien mató a mi padre.

—¿Y eso qué importa? Lo he confesado ya. Ese cerdo de alguacil tiene mi declaración firmada.

—Quiero oírlo de sus propios labios.

—Pues bien, sí… ¡Le maté! ¡Le maté yo mismo y lo haría otra vez! ¿Lo sabe ahora? ¿Se ha empapurrado bien?

Ingrid recibió en pleno rostro el ultraje de aquellas palabras. La confesión del asesino era como un insulto orgulloso dirigido contra ella. Ted Barton lo había matado… ¡Y lo volvería a hacer!

—Es usted una serpiente —musitó Ingrid con odio—. Sólo las serpientes están orgullosas de poseer veneno.

—Menos discursos. Me colgarán igualmente, ¿no…? ¡Pues a callarse!

—¿Puedo saber, al menos, por qué lo mató? Mi padre era un hombre honrado.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Entonces…

—¿Es que uno no puede matar porque eso le divierte? ¿Es que uno no tiene derecho a eliminar del mundo a aquellos que no le gustan?

La brutal confesión fue como una bofetada en pleno rostro de la muchacha. Pero Ted Barton, por lo visto, no había terminado aún. Roncamente murmuró:

—Tan poco que me gustaba él y tanto que me gusta su hija…

—¡Perro! —aulló Ingrid—. ¡Perro miserable!

—Este tipo ya está hablando demasiado —masculló Oskar—. La verdad es que empieza a cargarme.

Tomó las llaves del alguacil y abrió la puerta de la celda. El preso, adivinando lo que iba a suceder, trató de recibirle con un puntapié, pero el gigantesco Oskar lo esquivó fácilmente. Luego movió el puño derecho y conectó un terrible y salvaje directo al rostro de Ted, rompiéndole el pabellón nasal. Ted lanzó un grito, y la sangre salpicó hasta las paredes de la celda.

Oskar gruñó:

—Espera… ¡Está es sólo la primera caricia!

Fue a lanzar un gancho a la mandíbula, pero el preso lo detuvo con la mano izquierda, que tenía libre. Eso enfureció a Oskar. Lanzó un corto al hígado y recibió un revés de la mano de Ted. Ciego de rabia, movió ambos puños a la vez y, le saltó ambas cejas. Ahora la sangre llegó hasta los mismos pies de Ingrid, que gimió horrorizada. Oskar movió los puños de nuevo y se oyó un chasquido de huesos. Ted Barton quedó materialmente aplastado contra la pared cubriéndose como podía de aquella lluvia implacable de golpes. Los puños terribles de Oskar le trituraron los pómulos, le deshicieron la cara. Ingrid gimió:

—¡Basta! ¡Basta…!

—¿Por qué? ¡Él asesinó a su padre!

—¡Basta!

De todos modos, Oskar hubiese tenido que parar, porque Ted había quedado «groggy» después de los terribles impactos. Había quedado sin sentido, colgado de la argolla. Su único brazo útil pendía fláccido a lo largo del cuerpo, y por su rostro resbalaba la sangre.

Ingrid tuvo que desviar la mirada.

—Yo no quería eso —susurró.

—Es la mitad del castigo que merece.

—Lo van a colgar dentro de muy poco —dijo el alguacil—. Aunque esto quede teóricamente, bajo el dominio de la Confederación, el crimen que cometió ese tipo ha pasado a la jurisdicción civil. Eso significa que un jurado, teniendo en cuenta su confesión por escrito, lo condenará sin más ceremonias. Tres o cuatro días más, como máximo, y Ted Barton adornará una cuerda.

Ingrid preguntó con un soplo de voz:
—Pero… ¿por qué mató a mi padre?
—En la confesión que ha firmado, él no explica eso. Es un criminal de la peor especie… Un tipo que mata por placer debe ser ahorcado cuanto antes, sin andarse por las ramas.
Oskar salió, cerrando la puerta tras sí y dejando al preso sostenido solamente por la argolla.
—Vamos —dijo a Ingrid—, ahora ya ha visto usted lo que quería.
—Sin embargo, tengo una sensación extraña…
—¿Qué sensación?
—Me parece como si hubiera visto antes a ese hombre. Hace bastantes años, cuando yo era solamente una niña. He tenido esa sensación ya al principio… Pero no, no puede ser.
—Deje de pensar en eso. A veces hay personas a las que uno cree recordar no sabe de qué, y eso le fastidia a uno el día. Va dando vueltas en su cabeza, vueltas y más vueltas… ¿Sabe lo que hago yo en ese caso? ¡Cuando me parece recordar a alguien y no sé de qué, lo dejo seco! Así, al menos, dejo de pensar en él.
—¿Siempre ha vivido usted así? —preguntó la muchacha, mirando al gigante.
—¡Oh, no…! Antes tenía un empleo muy fino, no crea. Estaba en un matadero. Pero aquello era demasiado finolis para mí, y acabé dejándolo. Fue así como me metí de cabeza en el ejército.
Se llevó la mano a su cabeza de orangután y trató de sonreír.
—¿Vuelve ahora a Fort Latimer?
—Springley le ha pedido que me vigilase, ¿no?
—No, no… Él solamente me ha dicho que no le quitara el ojo de encima.
—Volveré al fuerte, pero ahora quisiera hacer unas compras en la ciudad. Puedo necesitar cosas… ahora que vuelvo a ser una mujer.
Oskar lanzó un gruñido.
—Por supuesto…Cosas de esas que las mujeres se ponen para estar más monas aún. Aunque usted maldito si las necesita… Está bien. La esperaré a la salida de la ciudad para acompañarla luego al fuerte. Dispone de una hora para sus asuntos.
Ingrid no se molestó en contestar.

Le volvió la espalda y se dirigió al Banco de la localidad, que estaba casi enfrente de la oficina del alguacil. Ella llevaba sólo moneda nordista y no sabía si allí se la admitirían. Quería preguntar.

El propio director del Banco la atendió.

—¿La moneda que usted lleva es de oro? —preguntó, una vez conocido su propósito.

—Sí.

—Pues entonces no se preocupe. El oro se lo admitirán en todas partes. Puede pagar si quiere en pesos mexicanos, puesto que estamos al borde de la frontera. ¿Pero puedo pregúntenle qué hace usted en un sitio como éste? Usted, si me permite decirlo, no tiene el aspecto de esas otras mujeres, que viven de la soldadesca. ¿Qué hace aquí?

—He venido a recoger los efectos personales de mi padre. Soy la hija del mayor Latimer.

—¡Ah…! —A partir de aquel momento el director se deshizo en atenciones—. ¿Se ha leído ya el testamento? Porque en tal caso podría usted hacerse cargo del depósito bancario.

—¿El depósito bancario? ¿Qué depósito?

—Lo que tiene aquí su padre. Mejor dicho, lo que tenía…

—Bueno, quizá ahorrase algo de su paga… —musitó la muchacha—. No tiene importancia. Cuando se abra el testamento ya me pondré en contacto con usted.

—¿Algo de su paga? ¿Sabe a cuánto asciende lo que hay aquí?

—No. Claro que no…

—¡A un cuarto de millón de dólares!

Ingrid quedó materialmente petrificada.

Si le hubiesen dicho que ella era hija de un jefe indio, no hubiera sentido más asombro que el que le produjo la simple mención de aquella increíble cifra.

—¿Está seguro?

—Completamente… Diantre, ¿cómo no voy a saber lo que tengo en mi propio Banco?

Ingrid estaba a punto de desmayarse.

Por primera vez en su vida, le ocurría lo que a muchos hombres: que necesitaba un trago.

—¿Le sucede algo, señorita?

—Na… nada. ¿Dónde podría beber algo?

—Ah, comprendo… Se siente mal… El recuerdo de la muerte de su pobre padre la ha turbado. ¿Puedo tener el honor de acompañarla al saloon frontero? Es relativamente honorable, y tienen un *whisky* que le hará ver las cosas de distinto modo.

—Se… lo agradezco.

Pasaron la calle, entrando en el saloon frontero.

Y fue allí dónde Ingrid tuvo la segunda sorpresa, su segunda y brutal sorpresa de aquella mañana.

—¿Quiere que nos sentemos a aquella mesa?

—Gracias.

El director del Banco encargó una botella de *whisky*, y sirvió un vaso a la muchacha.

—Bébalo sin respirar. Es lo mejor para cuando uno se siente desanimado.

La muchacha siguió el consejo. Y casi inmediatamente se sintió mejor, aunque parecían haberle fundido fuego en la sangre.

—Éste es también el único hotel que hay en la ciudad —dijo el hombre—. Por aquellas escaleras se sube a las habitaciones.

La muchacha miró hacia aquel lugar mecánicamente, y entonces vio descender a dos huéspedes.

Eran dos sudistas. Vestían sus típicos uniformes grises, pero no parecían estar ni mucho menos en acción de guerra. Más bien se diría que habían bebido un poco.

Ingrid estuvo a punto de lanzar un grito.

A los dos los conocía perfectamente, por haberlos visto a pocos pasos la noche anterior, durante el ataque. Sobre todo el de la cicatriz no se le borraría nunca de la memoria ¡Eran los dos a los que había visto caer en la empalizada! ¡Los dos a los que el propio Springley despachó de dos tiros a la cabeza!

Y ahora descendían tan tranquilos. En sus rostros, desde luego, no se vislumbraba ni la señal de un balazo.

# CAPÍTULO V

Ninguno de los dos sudistas se había fijado en ella.

Por lo visto tenían una cita con dos mujeres mucho menos hermosas que Ingrid, pero en cambio mucho más asequibles, que estaban sentadas a una mesa del fondo del local. Ingrid, boquiabierta, los miró como si viese a dos fantasmas.

El banquero susurró:

—No se asuste… Aunque su padre fuera un nordista, ni ellos lo saben ni le harán nada. La guerra aquí es muy especial. Esto se encuentra demasiado lejos del frente…

Ingrid se puso en pie. Sentía vértigo.

—No es lo que usted cree —susurró—. De todos modos, le agradezco mucho su interés, y ya tendrá noticias mías en cuanto a ese cuarto de millón de dólares. Ahora… he de regresar.

—¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias…

Salió antes de que el otro se hubiese dado cuenta.

Notó que le costaba respirar. Estaba tan agitada que casi corría por la calle sin darse cuenta. Fue a la oficina del *sheriff*, donde había dejado su caballo, y puso un pie en el estribo sin preocuparle demasiado el hecho de enseñar media pierna. Montó de costado y salió de la ciudad.

En las afueras la esperaba Oskar.

—¿Qué? ¿Ha comprado muchas cosas?

—Nada.

—Caray…

—Los géneros que había no me gustaban —musitó ella, dominando su turbación—. ¿Vamos?

—Como usted quiera…

Trotaron en silencio un largo rato. Cuando ya estaban a la vista de Fort Latimer, ella preguntó, sin dar importancia a la cosa:

—¿Dónde enterraron a los sudistas? Menudo trabajo, ¿verdad?

—¡Uf! Terrible. Fue en aquella colina de la izquierda.

Era una colina lejana, a la que Oskar señaló distraídamente. La muchacha la miró con atención y la siguió mirando largo rato, mientras cabalgaban sin descanso.

Fue al cabo de unos minutos, cuando vio que un campesino se ponía a sembrar.

Otra vez la muchacha estuvo a punto de lanzar un grito.

¿Sembraría un campesino en una tierra pisoteada por los soldados y batida por las tumbas?

¿O es que no había tumbas allí?

# CAPÍTULO VI

Springley les esperaba en el patio central. Iba impecable, como siempre, y también como siempre su rostro no tenía expresión alguna. Respondió distraídamente al saludo de Oskar y ayudó a bajar a la muchacha. A ésta, el simple contacto de su mano le produjo una sensación de frío.

—¿Ya has visto al asesino de tu padre? —preguntó el teniente con voz ronca.

—Sí.

—Un tipo repulsivo, ¿verdad?

—Es un tipo… incomprensible.

—Bueno… —Springley le señaló la oficina de mando donde ella iba a tener su dormitorio—. Será mejor que entres allí y comas algo. Lo tienes ya todo dispuesto. No quiero que aparezcas demasiado por el patio porque vuelves locos a mis hombres.

En efecto, todos los que pasaban por allí cerca —y procuraba pasar todo el mundo—, dirigían a las curvas de Ingrid miradas de buitre. Ella se dirigió a su departamento.

Había allí una bandeja con carne asada, pan tostado, mermelada y una taza de café caliente. La muchacha comió todo aquello, porque llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado. Luego intentó trazarse un plan de acción.

Necesitaba averiguar algo que la obsesionaba, necesitaba desvelar un pensamiento que no la dejaba vivir.

Esperó a que anocheciera, temerosa de que en cualquier momento pudiera llegar Springley, y luego fue hacia el polvorín. Nadie la vio, porque el polvorín estaba a dos pasos de la oficina de mando, y porque además los soldados jugaban a las cartas en su dormitorio general. El polvorín estaba cerrado, pero había un par

de rifles apoyados junto a la puerta. Sin duda pertenecían a los hombres del reten.

Ingrid conocía su manejo. Tomó uno de ellos y extrajo la bala que llevaba en la recámara. Tenía la casi completa seguridad de que aquellos rifles no habían sido cargados desde la noche anterior, es decir conservaban los proyectiles empleados durante la batalla.

Y vio que el proyectil que tenía en su mano era un simple cartucho sin bala. Es decir, un cartucho de fogueo. Se limitaba a hacer ruido y humo, pero nada más.

¡La batalla había sido una farsa!

La muchacha, pálida como un cadáver, soltó la bala al oír pasos a su espalda.

# CAPÍTULO VII

Se encontró con la mirada dura, acerada, del teniente Springley. Se encontró con aquellos ojos impasibles y metálicos que parecían mirarla desde lejos.

—En algún momento tenías que averiguarlo —susurró él—. Pero ha sido antes de lo que esperaba, desde luego. No puede negarse que eres una chica bien lista.

—Ha sido una casualidad. He visto en la ciudad a… dos de los «muertos».

—Esos imbéciles no saben ni fingir.

—Pues fingieron muy bien las caídas… Y dispararon muy bien con su cañón hacia el sitio justo donde no había nadie… No, Springley, no… Tus «enemigos» se comportaron como auténticos maestros de la comedia. Debió ser divertido para tus hombres cargarlos a hombros, llevarlos lejos y luego dejarlos libres. Lo único que me pregunto es qué hacéis con los caballos capturados. ¿Se los devolvéis luego?

—Sí.

El teniente había dado con la mayor tranquilidad aquella respuesta increíble. Ingrid tenía ya la sensación de que el mundo entero giraba al revés. Parecía como si la sensación angustiosa de vértigo la fuera a hacer caer de un momento a otro.

—Por eso emborrachasteis a los hombres del coronel Simpson, ¿verdad? Para que no pudieran intervenir en el combate. Ellos no estaban en el juego y hubieran disparado con balas de verdad, ¿es cierto?

—Sí.

—Todo era una comedia convenida de antemano… Así demostrasteis ante todo el mundo que erais unos héroes cuando en

realidad no sois más que una pandilla de miserables traidores… ¡Ahora comprendo vuestra «maravillosa» resistencia en este lugar! ¡Estáis en combinación con el enemigo! ¡Sois unos malditos perros!

El puño derecho de Springley fue como una maza de acero hacia el escote de la muchacha. La sujetó por el vestido. La zarandeó brutalmente.

—No grites —murmuró—. No grites porque me harás perder la paciencia. Y además tienes que saber a quién acusas, antes de ponerte a hablar. Porque has de saber que tu padre, el mayor Latimer, era el «héroe» más grande de todos. Porque él fue quien organizó todo esto.

## CAPÍTULO VIII

Ingrid hubiese querido llorar, gritar, hacer algo que descargase la horrible tensión de sus nervios, pero ni eso podía. Estaba tan hundida que sólo deseaba morir.

Pero aun así no podía creer en lo que Springley había dicho.

Éste murmuró:

—¿Piensas que miento, verdad?

—Pienso que eres un perro. Que sólo tú has organizado todo esto.

—Muy bien. Si es eso lo que crees, más valdrá que de una vez pongamos las cartas boca arriba. Voy a enseñarte algo que te sorprenderá y te dejará absolutamente convencida. Voy a enseñarte algo que lo explica todo.

Le hizo una seña para que subiese con él hasta uno de los puestos de centinela.

El hombre que estaba vigilando allí se cuadró cansinamente.

—Ya llegan, señor.

—Lo imaginaba. Siempre son puntuales.

Springley señaló hacia un punto de la llanura, un punto donde la luz de la luna permitía ver una larga columna de seres humanos.

Ingrid, asombrada, atónita, asistió a aquel espectáculo increíble.

Más de doscientos negros, todos ellos hombres, vestidos con andrajos, avanzaban penosamente hacia el fuerte. Unos cuantos sudistas a caballo los escoltaban. Era la caravana de esclavos más triste, más patética, que la muchacha había visto nunca.

—¿Qué… significa esto?

—Esto significa que los grandes señores del Sur saben que la guerra está perdida. Y van liquidando las últimas propiedades de las que aún pueden deshacerse.

—¿Los… esclavos?

—Aunque eso repugne a tu mentalidad, los esclavos son propiedad de sus dueños. Pueden ser comprados y vendidos. Pueden ser sacrificados si al dueño le place.

—¡Nosotros estamos luchando para abolir eso!

—¡Tonterías! ¿Crees que la suerte del obrero, en las grandes concentraciones industriales del Norte, es mucho mejor? ¿No te has dado cuenta aún de que muchas veces los esclavos están mejor alimentados que ellos? La única diferencia está en que a unos se les llama grandes señores del Sur y a los otros grandes patronos del Norte. Pero dejemos eso. Lo que me interesa a mí es el dinero, es acabar rico esta guerra. También era eso lo que le interesaba a tu padre.

Hizo un amplio gesto, señalando el lugar donde estaba la frontera de México.

—Viendo la guerra perdida —continuó—, los grandes terratenientes sudistas no tienen más remedio que liberar a sus esclavos o venderlos. Pero ningún otro sudista los quiere comprar, puesto que todos se encuentran en la misma situación. Entonces tuvieron la idea de venderlos fuera.

—¿En México?

—No, no precisamente ahí. Lo único que se hace es trasladarlos al otro lado de la frontera y ponerlos en manos de unos mercaderes que, por rutas secretas de la montaña, los conducen hasta el mar. Allí son embarcados para la isla de Haití, donde se paga un buen precio por ellos.

—¿Y qué tenéis que ver vosotros en ese infame negocio?

—Mucho. Los esclavos se escaparían cien veces en el largo camino si supieran lo que les aguarda. Aquí conocen el idioma y hay otros negros que pueden ayudarles, cosa que no ocurre al otro lado de la frontera. Por eso escaparían si no se les dijese que van camino de una guarnición nordista, donde serán liberados.

La muchacha apretó los labios. Su indignación era tanta que le costaba trabajo respirar.

—Además —continuó Springley—, como este fuerte controla prácticamente el Paso del Águila, los sudistas no podían hacer su negocio si no contaban con nuestra ayuda. En lugar de aniquilarnos, prefirieron hacer un trato con tu padre. Los sudistas que transportan

a los esclavos cobran un tanto muy elevado por cada uno de ellos. Acordaron repartirlo con nosotros a cambio de nuestra ayuda. De ese modo todos ganábamos y además adquiríamos fama de héroes. De vez en cuando, si viene alguna inspección militar, nuestros «enemigos» organizan un ataque y todos nos divertimos. Ellos fingiendo ser alcanzados y dando grandes volteretas; nosotros disparando cartuchos de fogueo a más y mejor.

—Sería cómico… si no diera tanto asco.

—Veo que sigues siendo muy puritana, muchacha; pero tienes que quitarte todos esos escrúpulos de encima si quieres llegar a ser algo en la vida. Mírate en nuestro ejemplo; mientras otros mueren en los campos de batalla, nosotros no corremos ningún peligro, obtenemos medallas y ascensos y además nos convertimos en hombres ricos. Porque, naturalmente, cada soldado cobra una parte en el negocio, pero casi todo nos lo repartíamos entre tu padre y yo.

Ingrid hundió la cabeza sobre el pecho.

Ahora se explicaba algunas cosas, ahora se explicaba circunstancias que le habían parecido incomprensibles.

En primer lugar, las huellas de pies descalzos cerca de la frontera. Correspondían, sin duda, a la última caravana de esclavos que había pasado por allí. En segundo lugar ahora se explicaba el cuarto de millón de dólares que su padre tenía en el Banco de Crystal City.

Pero aún quedaba algo misterioso, algo que quizá no entendería nunca.

¿Por qué su padre había querido que pasara tres semanas allí? ¡Era absurdo! ¿Qué interés podía tener en que ella conociera su infamia?

Springley, como otras veces, pareció adivinar sus pensamientos.

—Quizá él quería que tú continuaras en el negocio, muchacha.

—Si es así, mi padre me conocía muy mal. Yo jamás haré una canallada de este estilo. Pero además me deshonra, me humilla el solo hecho de llevar su apellido.

—Ya te he dicho que no hay que ser tan escrupulosa, muñeca.

—No… Quizá tenga usted razón, Springley, y el mundo pertenezca, al fin y al cabo, a los hijos de zorra como usted. Pero yo no haré nunca eso. Prefiero marchar y darle todo el negocio a usted solo. ¿No hizo matar a mi padre para quedarse con todas las

ganancias?

La súbita pregunta pareció desconcertar un momento Springley. Parpadeó un par de veces, y luego consiguió sonreír.

—En eso te equivocas, muñeca. Yo nunca hubiera matado a tu padre. Nos entendíamos muy bien, y además su prestigio era una garantía. Muerto él, corría el peligro le que enviaran otro jefe. ¿Y entonces qué? ¿Había necesidad de que yo corriese el riesgo de echarlo todo a perder?

La muchacha le miró y asintió silenciosamente. Aquel razonamiento era lógico, no podía negarlo. Y para rematar el clavo, Springley añadió:

—Además hay un hombre que se ha confesado culpable.

—Ésa es otra de las cosas que no entiendo —susurró ella—. He estado haciendo grandes esfuerzos de memoria y he recordado al fin su cara. Ese hombre, Ted Barón, estuvo refugiado en casa de mi padre cuando él era un muchacho y yo era una niña. Recuerdo que mi madre lo quería mucho y lo cuidó como un hijo más. Sólo motivos de gratitud tenía hacia nosotros. ¿Por qué entonces llegó a matar a mi padre? ¿Por qué?

Springley se encogió de hombros.

—Comprenderás, muñeca, que ésa no es cuestión mía. Pero hay algo que conviene sepas desde ahora.

—¿Qué?

—No te marcharás de aquí.

—¿Por qué no?

—Hay una montaña de razones para ello. La primera, que tienes dinero a ganar.

—Ya te he dicho que no acepto ese dinero miserable.

—La segunda razón es que me gustas. No pienso perderte.

—Tendrás que matarme para conseguir algo, Springley.

—La tercera razón es que ahora ya sabes demasiado. No puedo dejarte marchar.

Ingrid le miró, paralizada por el estupor.

Aquel tercer argumento la convencía. Era un argumento mortal. Supo que nunca saldría de allí a menos que se convirtiera en cómplice de Springley.

—Eres tan bonita…

—Dé…ja…me.

La muchacha no pudo resistir más. Sentía una terrible náusea. No sólo por la mano de Springley, sino porque veía muy cerca ya a los esclavos y escuchaba perfectamente sus cánticos de libertad. Sabía que el desengaño que aquellos seres humanos se llevarían poco después, sería peor que la muerte.

Con un brusco gesto, se escurrió hacia las escaleras de madera que llevaban al patio.

Springley la siguió.

Ella intentó cerrarse en su cuarto, pero no lo consiguió. Springley puso el pie delante de la puerta.

Pero en aquel momento, cuando la angustia era tan terrible que ya nublaba sus ojos, se oyeron los pasos de alguien que se acercaba.

Era el sargento Oskar.

—Los negros están ahí, teniente. Va a haber jaleo. Todos son muy corpulentos esta vez, y algunos se sublevan al ver que no les quitamos los grilletes. Creen, como de costumbre, que ya están liberados.

—Dad una docena de latigazos a aquel que proteste.

Y si hace falta, fusiláis a algunos.

—De acuerdo, teniente, pero de todos modos será mejor que venga usted. El jaleo es gordo.

En efecto, fuera se oían gritos, imprecaciones y golpes.

Y la cosa no hacía sino ir en aumento.

Springley lanzó una nueva maldición. Sus ojos iban oblicuamente hacia la muchacha.

—Ahora ya lo sabes todo, Ingrid. Ya sabes también que no vas a poder escapar de aquí y que nadie te prestará ayuda. De modo que la próxima vez más valdrá que des facilidades. Será mejor para todos, pero especialmente para ti.

La muchacha sintió vértigo. Tuvo que apoyarse en una de las paredes para no caer.

Se daba cuenta de que estaba perdida, de que efectivamente nadie iba a ayudarla.

Hasta que de pronto, en aquel momento de terrible angustia, tuvo una idea.

Una idea que le daba fiebre.

El alguacil de Crystal City estaba dormitando, con las patas sobre la mesa y el sombrero sobre los ojos, cuando oyó aquel ruido.

Había estado soñando con una chica estupenda, llena de curvas, que le miraba fijamente.

Abrió los ojos.

Y vio la chica estupenda, llena de curvas, que le miraba fijamente, pero con la diferencia de que ésta llevaba un revólver de reglamento en la mano derecha.

Quedó paralizado.

—Se… ¡Señorita Ingrid!

—Póngase en pie y deme las llaves de la celda.

—Pero…

—No he robado un revólver y he saltado una empalizada para perder el tiempo, alguacil. Tampoco he hecho a pie la infernal caminata hasta aquí para que ahora me venga con preguntas. ¡He dicho que se ponga en pie y me de las llaves!

—¿Qué pretende?

—Sacar de aquí a Ted Barton.

—¡Está loca! ¡El asesinó a su padre!

—Lo sé. ¡Pero obedezca! ¡Obedezca o le mato!

El alguacil miró a la muchacha, y supo desde el primer momento que ella cumpliría su amenaza. Se hallaba en un estado de excitación tan febril que un par de balazos se le dispararían por menos de nada. De modo que resolvió obedecer.

Ted Barton se puso en pie al ver a la muchacha.

—¿Qué, muñeca? ¿Vienes a liquídame tú misma?

—Sal de ahí. Estás libre.

—¿Queeeeeé?

—Quiero hacer un trato contigo.

—¿Qué clase de trato?

—Vas a ayudarme a huir de aquí y a llegar al más próximo cuartel general nordista.

—¿De quién huyes? ¿De tus propios amigos?

—No son mis amigos.

Él se pasó un dedo por los labios suavemente.

—Empiezo a comprender. Uno, estando en la cárcel, ¿sabes?, oye muchas cosas aunque no quiera.

—¿Qué es lo que sabes?

—Muy poca cosa, pero empiezo a barruntar algo.

—Lo que tú pienses ahora no tiene importancia. ¿Aceptas el

trato o no?

—Acepto, con una condición.

—No estás en situación de imponerlas.

—Déjame terminar. La condición que impongo es averiguar lo que ocurre en Fort Latimer. Una vez lo haya comprobado, obraré en consecuencia.

—Te matarán.

—¿Es que te importaría mucho, muñeca?

—No. Por mí podrían arrojarte ahora mismo, atado de pies y manos, al paso de una manada. Pero si a ti te matan, yo quedaré sin ayuda.

—Es una posición muy razonable la tuya —dijo él con ironía—. Y muy desinteresada. Pero no te preocupes, porque procuraré conservar la piel.

Dio un papirotazo al alguacil, que estaba medio pasmado ante aquella inesperada escena.

—Tú, suelta tu artillería.

—Te advierto que…

—Sí, ya sé. El cuento de siempre. Todo el mundo me va a perseguir y la fuga no me servirá de nada. Pero tengo la ventaja de que las cosas ya no pueden estropearse más, amigo. Nadie me colgará dos veces.

Sujetó el cinto canana, con el revólver, del alguacil, antes de que éste los dejara caer a tierra. Se los ciñó velozmente.

—Necesitamos dos caballos —dijo a la muchacha—, pero yo sé dónde encontrarlos. Conozco ya esta maldita oficina tan bien como si la hubiera construido yo mismo.

El alguacil, en el último momento, reaccionó de su asombro. Viéndolo todo perdido, intentó abalanzarse sobre él.

Un culatazo en la nuca lo dejó «groggy» al menos para media hora.

Luego Ted y la muchacha fueron a dirigirse hacia la puerta, pero vieron que alguien la tapaba.

Era un corpachón enorme. Un corpachón tan descomunal que tapaba toda la salida.

Oskar, que volvía a vestir de paisano, sonreía mostrando en la boca descomunal sus también descomunales dientes.

—Hemos notado tu falta, y me he dado una vuelta por aquí

porque sabía que te encontraría —dijo aburridamente—. Veo que de repente te has hecho amiga de ese tipo… ¿Adonde queréis ir?

—Tengo interés por las cosas de Fort Latimer —dijo suavemente Ted.

—¿Es que ya no te acuerdas de la paliza que te di?

—Me acuerdo tanto que tengo ganas de repetirla.

Oskar lanzó una carcajada.

—¡Mi pobre amigo! Esta vez se me irá la mano y te mataré. ¿Qué manía te ha entrado para querer morir tan joven?

—Esta vez no tengo la mano derecha sujeta por una argolla, Oskar. Puede que seas tú el que muera.

—¿Aún te pones gallito?

—Me pongo como me da la gana.

Oskar cerró de pronto la boca. El ruido que produjeron sus dientes fue como el de dos raíles.

—¡Muy bien! ¡Entonces toma!

Se lanzó de pronto, entrando en la oficina como una tromba. Ted esquivó fácilmente el primer directo, puesto que Oskar había atacado con exceso de confianza. Su puño derecho salió disparado con la fuerza de una catapulta. Oskar recibió el impacto en un pómulo, lanzó un gruñido y se encontró de pronto sentado en tierra.

Sus facciones se nublaron. Una expresión de asombro apareció en ellas.

—¡Vaya…! La cárcel no te ha debilitado del todo, ¿eh?

—Pruébalo tú mismo.

Oskar se levantó de repente, pero no se levantó solo. Con él pareció volar una de las sillas que había en la estancia. El mueble fue hacia la cabeza de Ted, el cual pudo esquivarlo en el último momento. Se hizo astillas contra una de las paredes.

Inmediatamente tuvo que ponerse a la defensiva, porque ya Oskar estaba sobre él.

Un terrible gancho alcanzó a Ted en la mandíbula, a pesar de su guardia alta. Voló materialmente por los aires, chocó contra la pared del fondo y ahora fue él quien quedó sentado en tierra.

Oskar se acarició los nudillos.

—Ahora empiezo a entrar en calor, muchacho… Esto no es más que el principio. ¡Ponte en pie!

—Con mucho gusto.

Ahora fue Ted quien atacó. Lo hizo hábilmente, amagando con la derecha y disparando su izquierda con la velocidad de una flecha. Oskar recibió el impacto en el mentón, y su cabeza pareció dar una vuelta completa sobre los hombros. Lanzó un gemido ronco, mientras se apoyaba en la mesa.

Ted fue a saltar sobre él, pero Oskar flexionó una pierna, la disparó de repente y lo envió al otro lado de la oficina. Un armario que había apoyado en una pared cayó con terrible estrépito.

Ted no se amilanó. Lo que hizo fue volver a la carga con más velocidad que antes.

Desorientó a Oskar con una finta, y le clavó la izquierda en el hígado. Oskar lanzó una boqueada. No había podido aún respirar cuando un terrible gancho de derecha le hizo cerrar la boca de repente, saltándole dos dientes el feroz impacto.

Oskar lanzó un auténtico rugido. Como un loco, moviendo ambos puños a la vez, atacó, pero Ted ya había previsto eso.

Se inclinó, esperó a que su enemigo estuviera encima y levantándose de repente, lo sujetó por la cintura para alzarlo como un saco y dejarlo caer encima de la mesa, que quedó hecha astillas. Entre éstas, la cabeza de Oskar, bañada en sangre, aparecía como la de un gigantesco y trágico payaso.

Ted lo puso en pie, pero tan sólo hasta la altura de su rodilla. Entonces la movió y le clavó un terrible rodillazo a la nariz. El tabique nasal quedó roto. Oskar lanzó un terrible aullido, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas instantáneamente.

A partir de ese momento sólo pudo golpear al azar, sin ver para nada a su enemigo.

Éste demostró ser un hábil boxeador, buscando los puntos frágiles de su adversario, como por ejemplo el prominente estómago, que Oskar tenía muy poco preparado para recibir impactos. A cada nuevo golpe se encogía, y automáticamente recibía un gancho a la mandíbula. Esto sucedió tres veces seguidas, y a la cuarta cuando quiso cubrir la mandíbula, Ted le arrancó las dos cejas de dos terribles cruzados, uno detrás de otro, separados sólo por un par de segundos.

Oskar estaba materialmente deshecho.

La sangre bañaba su rostro, y los golpes en el plexo solar hacían difícil su respiración. Lo que más le dolía era, sin embargo, no ver

apenas a su enemigo. Por primera vez en su vida estaba al borde del K. O., estaba flotando como una sombra.

Ted preparó su puño derecho.

El terrorífico golpe envió a Oskar contra la pared. Allí quedó apoyado, resbalando poco a poco, sin fuerzas ni para tenerse en pie. Dos salvajes cruzados más le hicieron caer a tierra con la cara deshecha, sin fuerzas para levantarse ya.

Ted se sacudió las manos.

Ingrid le miraba con expresión de asombro, como si no pudiera creer en lo que estaba viendo. Luego, con un soplo de voz, dijo:

—Nunca había visto… una pelea así.

—Pues me temo que verás muchas, muñeca.

—¿Vas… a matarlo?

—No. Por ahora no he matado aún a ningún hombre que estuviera sin sentido. No he caído tan bajo.

—Pero mataste a mi padre…

—Ésa es otra cuestión.

La tomó de la muñeca y la hizo salir. A pesar de los ruidos de la contienda, nadie parecía haber despertado en aquella ciudad donde las gentes preferían no enterarse de nada. Junto a la oficina había una cuadra con tres caballos. Ted eligió los dos mejores.

—¿Adónde vamos ahora? —susurró ella.

—A despertar al juez. ¡Ah! Y a un tipo que tiene una máquina asombrosa. Un cacharro que hace fotografías.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Tanto el juez como el fotógrafo se dejaron convencer fácilmente ante la «razón» del revólver de Ted. Se vistieron y montaron a caballo, llevando el fotógrafo su tremendo armatoste.

—¿Qué luz necesita para hacer una fotografía? —preguntó.

—El sol tiene que estar bastante alto.

—¿Y a qué distancia puede tomarla con ese cacharro?

—A unas cincuenta yardas máximo, si quiere que se vean las personas un poco bien.

—Se verán. Vamos, en marcha.

La extraña comitiva salió de la ciudad y atravesó la llanura bajo las sombras de la noche, bordeando la zona que podía ser vigilada desde Fort Latimer. Luego, cuando empezaba a amanecer, se

apostaron todos entre unas rocas, cerca del camino pedregoso que llevaba al Paso del Águila.

En la distancia, vieron salir una columna de Fort Latimer.

—Son los esclavos… —balbució la muchacha.

—Lo imaginaba —gruñó Ted—. Entonces estaba en lo cierto. Oiga, juez, puede que usted supiera algo de esto y no quisiera enterarse, pero ahora va a tener que hacerlo. Quiero que, sin ser visto, observe qué clase de gente pasa por ese sendero. Y luego levantará acta y la firmará.

Ted se volvió luego hacia el fotógrafo.

—Usted estará oculto tras esa roca. Quiero que por ese borde obtenga una fotografía de los que pasan por el sendero.

—¿Y si no se están quietos?

—Caminarán muy lentamente. Podrá fotografiarlos bien.

—¿Qué ocurrirá si nos ven? —preguntó el juez.

—La señorita Latimer y yo estaremos a punto, con los revólveres en las manos. Si nos ven, mucho peor para ellos.

Ted mismo dispuso los lugares en que habían de ocultarse todos, y aguardaron en silencio.

La columna se iba acercando.

Eran los esclavos negros de la noche anterior, conducidos por los sudistas a caballo. Pero esta vez les acompañaban también unos cuantos soldados nordistas, que sin duda iban a enseñarles el Paso del Águila.

La combinación era perfecta para los propósitos de Ted.

La simple visión de los soldados de ambos ejércitos unidos en la conducción de una caravana de esclavos ya era una prueba completa de la traición. Sólo con aquel daguerrotipo y el acta que levantaría el juez, Springley y los suyos iban a quedar hundidos ante las autoridades militares. Nadie creería en sus protestas de inocencia.

El grupo pasó sin notar que eran observados desde las rocas. El fotógrafo tomó una placa, y el juez hizo unas anotaciones.

Cuando la columna se hubo perdido de vista, Ted preguntó:

—Quiero saber cuándo podré tener el acta firmada y sellada, juez.

—Antes… del mediodía.

—¿Y usted? —Ahora miraba al fotógrafo—. ¿Cuándo tendré la

placa?

—Esta noche.

—De acuerdo. ¿Te atreves a hacer una cosa, Ingrid?

—¿Qué?

—Conduce a estos dos hombres a Crystal City. Si hacen un solo gesto de huida, les vuelas la tapa de los sesos.

—¿Y tú, qué vas a hacer entretanto?

—¿Piensas que dejaré que esos pobres esclavos sean entregados a los mercaderes?

Ingrid apretó los labios.

Le miró con curiosidad, como si descubriese por primera vez a aquel extraño hombre.

—Creí que eras un canalla —balbució—. Creí que sólo te preocupaba tu propio pellejo.

—No vas desencaminada —dijo Ted—. Ya me preocupa, ya… Después de las dos peleas con Oskar, lo tengo tan estropeado…

Picó espuelas y volvió grupas velozmente.

# CAPÍTULO IX

Como la columna avanzaba muy lentamente por los senderos pedregosos, a Ted Barton no le fue difícil seguirla. Y como el terreno era muy tortuoso, tampoco le fue difícil ocultarse hasta que creyó llegado el momento de atacar.

Éste se presentó cuando los esclavos descansaron para tomar algún alimento. Atados todos como iban, formaron un círculo en el centro del cual unos soldados encendieron una hoguera. Manifiestamente iban a preparar una sopa porque se les veía trajinar con una gran perola. Nordistas y sudistas parecían allí la mar de amigos, y Ted lamentó no disponer otra vez del fotógrafo.

Dejando aparte los tres ocupados en la cocina, cinco hombres más montaron la guardia, pero vigilando exclusivamente a los esclavos. Lo único que les preocupaba era que éstos no escapasen. De ningún modo podían imaginar que en aquella zona les fuese a venir un ataque por otro lado.

Ted preparó su revólver.

Iban a faltarle plomos en el tambor para liquidar a todos los soldados, pero confiaba no verse obligado a tanto. Se medio ocultó tras una roca y cuando la perola estaba llena de agua, disparó contra ésta.

La detonación resonó igual que un trueno por entre el paisaje rocoso. La perola empezó a despedir aguar por el orificio del balazo, igual que si fuese una fuente. Todos los soldados volvieron sus rostros hacia el mismo sitio.

—¡Soltad las armas! —gritó Ted—. ¡Dispararé contra el que no obedezca! ¡Vamos! ¡Armas a tierra!

Nadie obedeció.

Pasado el primer instante de sorpresa, dos de los centinelas

dirigieron incluso sus rifles hacia él. Ted Barton los eliminó de dos rápidos balazos a la cabeza.

Los otros trataron de ocultarse, corriendo en todas direcciones, pero ya Ted había contado con aquello. Su revólver dominaba perfectamente toda la zona, y él era un excepcional tirador. Sin distinguir entre uniforme azules o uniformes grises, los fue agujereando todos antes de que llegasen a ponerse a cubierto.

Sólo los cocineros quedaban vivos. Éstos, que no tenían armas a su alcance, levantaron las manos con gestos de pavor. Ted, por si acaso, no se mostró a descubierto aún, limitándose a recargar con rapidez su revólver.

Los esclavos no se habían movido. Con el típico fatalismo de su raza, esperaban el fin de los acontecimientos.

—¡Soltadlos!

Uno de los tres soldados gruñó:

—¡Nos lincharán!

—Lo tendríais bien merecido, pero no dejaré que suceda. ¡Soltadlos de una vez o disparo!

Las largas cadenas que unían a los esclavos fueron soltadas. Los negros empezaron a lanzar gritos de júbilo y a saltar, mientras se frotaban las doloridas muñecas. Los tres soldados que habían quedado con vida se escabulleron a toda velocidad, procurando ponerse a cubierto entre las rocas.

Ted no les dejó.

Una bala hizo saltar el sombrero de uno de ellos. Todos se detuvieron instantáneamente.

—Vais a volver a Fort Latimer —dijo Ted desde lo alto de una roca, mientras los abarcaba con su revólver—. Y vais a llevar un mensaje para el teniente Springley.

—¿Qué… clase de mensaje?

—Decidle que le doy una oportunidad para morir como un hombre. Que puede elegir entre ser ahorcado por sus propios jefes o acabar con el revólver en la mano. Si elige esta última oportunidad, le esperaré en Crystal City. Le esperaré yo solo.

—¡Tú eres Ted Barton! —gritó uno de los que estaban abajo.

—Sí.

—¡Tú estás loco! ¡No volverás a atrapar por sorpresa a nadie!

—Puede que esté loco, pero vosotros estáis algo peor. ¡Estáis ya

muertos! ¡Id a Fort Latimer antes de que me canse y empiece a apretar el gatillo! ¡El dedo se me está quedando dormido de tanto tenerlo quieto!

Los tres hombres no se hicieron repetir la orden. Corrieron hacia sus caballos como si los persiguiera el mismo diablo.

Cuando hubieron desaparecido, Ted se volvió hacia los inmóviles esclavos.

—¿Cuál es el más viejo de entre vosotros? —preguntó.

Un gigantesco negro se puso en pie. No debía tener más allá de treinta años. Todos los demás eran auténticos muchachos, porque así ofrecían más garantías de vida y alcanzaban un mayor precio en los mercados de algunas islas antillanas.

—Yo soy el más viejo —dijo.

—¿Tienes alguna autoridad sobre estos hombres?

—Supongo que ellos me aceptarán como jefe.

—Entonces reúnelos y ocúltalos por las montañas. Manteneos alejados del Paso del Águila, que será la zona por donde se os busque. Encontraréis alimentos más al Oeste, donde hay un par de valles deshabitados. Si conserváis la disciplina y sabéis manteneros unidos, podréis ver el fin de esta guerra y vuestra definitiva libertad. No falta ya mucho para eso.

Los esclavos le escuchaban embelesados.

Para ellos era aquél un lenguaje nuevo, un lenguaje que en cierto modo ni siquiera comprendían.

—Un solo acto de pillaje significará vuestra muerte —advirtió Ted—. Si los sudistas saben dónde estáis, inmediatamente enviarán una expedición para capturaros. No tenéis más remedio que permanecer ocultos, saliendo sólo para buscar el sustento de cada día.

El jefe negro preguntó:

—¿Tú nos dejas?

—Yo tengo que evitar que otros esclavos sufran la misma suerte que vosotros.

Hizo un saludo y se alejó por entre los peñascos, buscando el lugar donde había dejado su caballo. Los negros entonaron un himno monótono, triste, que por algunas expresiones sueltas logró Ted identificar como un himno de gracias.

Pero no podía perder el tiempo escuchándolo.

Le era necesario llegar cuanto antes a Crystal City, porque Ingrid no podía quedarse sola en una ciudad tan peligrosa.

Cabalgó rápidamente y llegó a la vista de la ciudad cuando caían las primeras sombras. Todo estaba perfectamente tranquilo, como siempre. Nadie hubiera dicho que aquélla era una zona de guerra.

Por las calles apacibles, mirando a un lado y otro para no caer en una trampa, se dirigió hacia el despacho del juez. Supuso que era allí donde le aguardaría Ingrid.

En efecto, vio ante el amarradero el caballo de la muchacha.

Pero sólo al trasponer el umbral, supo ya que había cometido el peor error de su vida.

# CAPÍTULO X

El espectáculo que se ofrecía ante sus ojos era sencillamente macabro.

El juez había sido ahorcado, y su cuerpo se balanceaba de una lámpara. Ingrid estaba sentada en una silla, pero férreamente sujeta a ésta. Su cabeza colgaba sin fuerzas, descansando sobre el pecho. En el primer momento, Ted llegó a creer que la habían matado también.

No tuvo tiempo de cerciorarse.

Los cuatro hombres que se hallaban en la habitación, uno de los cuales era Oskar, le apuntaban ya con sus armas. Pero además otro tipo que estaba oculto tras la puerta le clavó un revólver en los riñones apenas él atravesó el umbral.

—Te esperábamos —susurró—. Vamos, levanta los brazos.

El joven obedeció. Sus facciones estaban espantosamente pálidas. Rechinaron sus dientes cuando notó que una mano, a su espalda, le quitaba el revólver.

Ingrid alzó la cabeza. Sus ojos estaban anegados en llanto. Su mirada perdida hablaba de una angustia que ya era más fuerte que ella, hablaba de un horror sin nombre.

—Nos alcanzaron al llegar a la población —musitó—. No… No pudimos defendernos.

—En Fort Latimer notaron mi falta —dijo Oskar burlonamente —. ¡Como hago tanto bulto!

—Y vinieron a buscarte, ¿no?

—Eso es.

—Cometí un error al dejarte con vida.

—Pues haces bien en decírmelo, porque así ese mismo error no lo cometeré yo.

Avanzó hacia Ted lentamente.

Tenía un aspecto muy pintoresco, con sus ropas medio desgarradas y su nariz vuelta de costado, pero deseaba vengarse. En sus ojillos brillaba una fiebre maligna.

El primer puñetazo envió a Ted contra la pared. La cabeza de éste pareció dar una vuelta completa.

El joven quedó unos momentos paralizado, sintiendo que una campana se ponía a resonar en sus sienes.

Y luego Oskar, con un gesto de desprecio, desenfundó un cuchillo.

# Capítulo XI

—Déjamelo a mí —gruñó—. A éste no lo vamos a colgar como al juez. A éste lo degüello yo solo…

No había terminado de decir aquellas palabras cuando un puntapié al bajo vientre le hizo lanzar un aullido terrible. Llevándose una mano a la parte dolorida, con la otra lanzó una cuchillada ciega.

—¡Dejadme! —aulló—. ¡Dejadme!

El cuchillo se clavó en la pared de troncos, porque ya Ted se había ladeado. Sus dos manos unidas golpearon entonces la muñeca derecha de Oskar y se oyó un terrible chasquido. La mano que sostenía el cuchillo tuvo que soltarlo y al instante colgó inerte. Los ojos de Oskar se desorbitaron de dolor.

—¡Maldito…!

Ted no le dejó continuar.

A pesar de que uno de los soldados le dio un culatazo en las costillas, se arrojó sobre Oskar, lo levantó instantáneamente sobre su cabeza y lo arrojó contra sus enemigos.

Todos rodaron por el suelo aparatosamente, mientras sonaba un disparo. Durante algunos segundos quedaron materialmente aplastados por el corpachón del gigante, quien además pataleaba de dolor, pues, sin darse cuenta, se había apoyado en su muñeca rota.

Ted levantó la mesa del juez y la volcó sobre el grupo. Luego hizo una cosa que le repugnaba, pero que en aquellas circunstancias resultaba la única medida eficaz.

Descolgó el quinqué de petróleo que había cerca de la entrada y lo hizo estallar sobre la mesa. El líquido ardiente se derramó por ésta. Los que estaban debajo quedaron materialmente prisioneros de las llamas.

Ted pudo entonces recuperar con tranquilidad el revólver, mientras los otros aullaban como demonios.

—¡Salid de ahí! —gritó—. ¡Pero mataré al que toque sus armas!

Dando trompicones y golpeando sus ropas para apagar las llamas, todos salieron en confuso montón. Ted ordenó:

—¡Apagad el fuego!

Los otros obedecieron. La situación había cambiado radicalmente. Ted les obligó a soltar sus armas y dejarlas en un ángulo del despacho. Luego desató a Ingrid con una mano, mientras amenazaba a sus enemigos con la otra.

La muchacha, llorando, cayó blandamente a tierra.

# CAPÍTULO XII

—Apagad el fuego —ordenó Ted—. Y si no lo hacéis bien os juro por vuestro padre que os achicharraréis ahí dentro.

La amenaza no fue en vano. Todos se pusieron a patear con entusiasmo encima de las llamas, incluso el gigantón de Oskar. Cada salto de éste hacía temblar el edificio entero. Pronto las llamas estuvieron apagadas y la muchacha empezó a recuperarse.

—Quiero saber quiénes han ahorcado al juez —gruñó Ted.

Todos se miraron. Sin duda la ejecución había sido una tarea conjunta, en que todo el grupo había participado. Pero debía haber alguien más culpable que los demás, y ese alguien, sin duda, era Oskar. Ted pensó por unos momentos balearlo allí mismo como a un perro.

Pero podía hacerle falta su declaración. Necesitaba tener paciencia antes de administrar justicia.

Disparó al aire una vez y segó limpiamente la cuerda de la que el juez colgaba. El cuerpo cayó a tierra con un «cloc» lento y sordo.

—Vais a ir en caravana a la oficina del alguacil —decidió Ted—. Allí hay una celda que os espera.

—¿Pretende encerramos? —masculló uno.

—Nuestros compañeros nos liberarán.

—Eso es precisamente lo que espero —dijo Ted.

Y en sus ojos hubo una expresión que hizo enmudecer a todos sus enemigos. Hubo algo que les hizo comprender que las cosas habían empezado a marchar mal para la gente de Fort Latimer.

Obedecieron en silencio.

Uno a uno desfilaron ante el revólver de Ted Barton, con los brazos en alto. Al verse en la calle, uno de los nordistas, todos los cuales iban de paisano, intentó fugarse. Ted, sin contemplaciones,

lo despachó de un balazo en la nuca. Los otros ya no intentaron nada hasta llegar a la oficina del alguacil.

Éste quedó petrificado al ver aquella especie de procesión.

—¿Pero qué ocurre? ¿Y usted, maldito, fugitivo, cómo se atreve a volver después de haber huido de su celda y haberme machacado la cabeza?

—No se queje, alguacil. Se le fugó un huésped, pero le traigo a cambio casi media docena. Abra la celda.

—Con ese tío gordo en medio, no sé si cabrán todos.

—Si están prietos, mejor para ellos. Así se darán calor.

Cuando todos estuvieron dentro de la pequeña celda, embutidos como sardinas, Ted cerró y se guardó la llave.

—Ahora va a hacer una cosa, alguacil.

—¿Qué?

—Emborráchese.

—¿Qué infiernos dice? Ya hay demasiados presos. ¿Encima quiere que los vea doble?

—Emborráchese y duerma por lo menos un par de días. No quiero que se acerque por aquí. Dentro de cuarenta y ocho horas todo habrá terminado y estos tipos saldrán o hacia la libertad o hacia la horca.

Le ofreció dos dólares.

—Cómprese una botella de *whisky* matarratas, alguacil. Y bébasela de golpe. Le prometo que en tres días no se despierta.

—Me la beberé, fugitivo. A ver si tengo la suerte de soñar con la chica.

Señaló con el mentón a Ingrid, que estaba atónita a un lado de la puerta, y salió.

Ted hizo oscilar la llave en su dedo índice.

—Y ahora a callar, amiguitos. No os traerán comida ni bebida por mucho que aulléis. Nos veremos pronto.

Salió a la calle, en compañía de Ingrid. La muchacha temblaba aún, pero se iba serenando rápidamente.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —preguntó Ted.

—Cuando llegamos a la ciudad ya nos esperaban. Debían estar extrañados en Fort Latimer por la larga ausencia de Oskar, y enviaron a unos hombres a buscarlo. Oskar les debió explicar lo ocurrido, y entonces decidieron aguardarnos. Apenas llegamos,

preguntaron al juez qué había ocurrido. El juez, sin contestar, se puso a redactar un acta. Todos le miraron asombrados, sin comprenderle. Al terminar el acta les dijo que eran unos canallas, que ahora se había convencido que era verdad cuanto decían de Fort Latimer, y que aquello les costaría la piel. Entonces se pusieron nerviosos y lo ahorcaron entre todos. Fue un espectáculo salvaje. Yo… Yo creo que perdí el sentido.

—¿Quién se quedó el acta?

—No lo sé… Tal vez la destruyeron. No estoy segura de nada.

El hombre se pasó una mano por la frente. Parecía cansado por primera vez.

—Bueno, ahora hay cosas más importantes por resolver —susurró—. Lo peor no ha ocurrido aún. Tenemos que situarnos en algún tejado desde el que podamos vigilar, sin ser vistos, la entrada de la ciudad.

—¿Qué pretendes?

—Desde el fuerte vendrán a rescatar a ese grupo. Quizá tengamos suerte y Springley figure entre los que lleguen.

—¿Piensas matarlo?

—Una vez eliminado él, lo demás se resolverá por sí solo. La mayor parte de los soldados que hay en Fort Latimer se ha dejado llevar por las circunstancias. Cuando se encuentren sin jefe se rendirán. Una buena temporada luego en un batallón de castigo de primera línea, servirá para redimir sus culpas.

—Pero tú no podrás con todos. Eres un hombre solo.

—Tengo a mi favor el que no saben dónde encontrarme. Yo, en cambio, sé dónde encontrarles a ellos.

Caminaron por las calles de la población silenciosa. Tenían la sensación de que cien ojos les espiaban desde las ventanas, pero nadie se asomaba al exterior. Las calles solitarias, iluminadas por la luna, parecían los paseos de un cementerio.

Ingrid tenía una sensación extraña, algo que no era capaz de definir.

Sabía que estaba junto al asesino de su propio padre. Sabía que en cierto modo ambos eran aliados.

Esta situación le hubiera parecido inconcebible poco antes, y, sin embargo, ahora la aceptaba con naturalidad.

¿Qué le ocurría? ¿Hasta qué punto puede una persona olvidarse

de los crímenes cometidos contra su propia sangre?

Ted señaló las altas ventanas de un almacén.

—Ése no es mal sitio —dijo—. Domina la entrada de la ciudad por el lado del fuerte, y además ofrece un buen parapeto. Creo que voy a elegirlo como cuartel general.

Ingrid no se opuso.

Sabía que estaba ligada a aquel hombre, aunque no quisiera, y que juntos terminarían aquella aventura infernal. Era doloroso lo que sentía, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que justo en este momento empezaba a vivir.

Entraron en el almacén. Había allí muchos sacos de grano que podían servir de excelente parapeto contra las balas. Las ventanas del altillo dominaban la calle.

Los dos se situaron uno a cada lado.

En cualquier momento podían llegar los hombres de Fort Latimer. Convenía que estuviesen alerta.

Durante largos minutos, durante un tiempo que pareció hacerse interminable, ambos permanecieron en silencio, sin mirarse, pero captando cada uno la cálida presencia del otro.

Al fin Ingrid susurró:

—Es extraño.

Su voz sonaba lejana, tensa.

—¿Qué es extraño?

—Que yo esté aquí, junto al asesino de mi propio padre, sin ponerme a chillar de horror.

Él no contestó.

Su mirada seguía perdida en la soledad de la calle.

—¿Por qué lo mataste, Ted?

—Cosas que a uno le ocurren.

—Pero tú solo motivos de gratitud podías tener hacia él. Tú viviste en nuestra casa.

—Creí que no lo recordabas.

—Al principio no… Fue de repente. Entonces me acordé de que tú habías vivido con nosotros. Pero yo era sólo una niña.

—Sí.

La voz del hombre era tensa. Cosa extraña, los recuerdos parecían ahogarle.

—¿Por qué lo mataste, Ted?

—Ya te he dicho que son cosas que ocurren.

—¿Pero es que él te había hecho algo mal? ¿No recuerdas aquellos años con gratitud?

—Fueron los años más hermosos de mi vida. De no ser por tus padres, que me recogieron cuando yo quedé solo en el mundo, no sé qué hubiera sido de mí.

Añadió pensativamente:

—Tu madre, sobre todo, siempre fue especialmente buena conmigo. Sé que hubiera hecho por ella cualquier cosa.

—¿Por ejemplo dejarla viuda?

Ahora la voz de la muchacha era rencorosa, amarga. Ahora volvía a flotar en su alma todo el dolor que sentía.

—¿Por qué lo mataste, Ted? ¿Por qué?

—Tú padre no se verá mezclado en esto —respondió ambiguamente él—. El único responsable será el teniente Springley.

—¡No has contestado a mi pregunta!

Ingrid estaba al borde del ataque de nervios. Los recuerdos la torturaban, la certeza de que estaba junto al asesino de su padre no la dejaba vivir. Su voz fue un sollozo cuando pidió:

—¡Contesta! ¡Contesta!

Ted permaneció, en silencio. Las manos de la muchacha fueron hacia su rostro. Lo abofetearon cruelmente lo castigaron con todas sus fuerzas. Ted permaneció impasible.

Luego apresó aquellas manos que estaban a unas pulgadas, de sus ojos. Lo hizo suavemente, sin brusquedad. Tomó aquellas manos pequeñas entre las suyas, recias y duras, parecidas a garfios de hierro.

Ingrid estaba silenciosa, quieta. Parecía hipnotizada, fuertes convulsiones la sacudían.

Sus ojos estaban fijos en los del hombre, y no se resistió cuando éste la acercó poco a poco.

Ted la soltó. Los labios de los dos palpitaban igual, palpitaban al mismo tiempo. Los ojos turbios de la mujer parecían prisioneros de los ojos turbios del hombre.

—Es una locura…

La voz de Ingrid era como algo remoto, que palpitaban las sombras.

—Nunca podré quererte, Ted.

—Me quieres ya.

—Nunca, nunca… ¡Nunca!

—Tratas de convencerte a ti misma… Tratas de negar lo que ya existe.

—Nunca habrá nada entre tú y yo.

—Nunca habrá nada… excepto que tú me quieres y yo te quiero. Pero ya comprendo que eso solo no basta… Bien. Olvidémonos.

Ted desvió la mirada. Era tiempo de que lo hiciese.

Una nube de polvo plateado se alzaba a poca distancia. Era el polvo que levantaban los cascos de muchos caballos al avanzar pesadamente. Un sordo rumor se extendía por la llanura.

Ted recordó algo.

Había cometido un error al no pensar antes en ello. Todos los sudistas, vestidos de paisano, habían tenido que soltar sus rifles en el despacho del juez, pero él no se había llevado ninguno de ellos, pensando que con su revólver tendría bastante. Al ver que eran quizá veinte los hombres que se acercaban, se dio cuenta de que había calculado mal.

Pero aún estaba a tiempo de rectificar.

Saltó silenciosamente al piso bajo del almacén y corrió por la calle, inclinado para no ser visto, a toda la velocidad que pudo. Entró en el despacho del juez, tomó uno de los rifles y un buen puñado de municiones y volvió a correr a toda velocidad hacia su puesto.

Era tiempo.

Los hombres que llegaban de Fort Latimer estaban ya a unas cincuenta yardas tan sólo.

—¿Sabes cargar un rifle? —preguntó a Ingrid.

—Sí.

—Tú cargarás un arma mientras yo disparo con la otra. Así no tendré que interrumpir el fuego.

—¿Viene Springley con ese grupo?

—Juraría que no.

Los jinetes estaban ya cerca. Ted había preparado el revólver porque a aquella distancia obtendría disparos más rápidos y eficaces. Mientras tanto Ingrid cargaba completamente el rifle.

Cuando estuvieron a unas diez yardas de la ventana, Ted gritó:

—¡Alto! ¡Soltad las armas!

Sabía que no iban a obedecerle. Era más bien un grito de aviso para no verse precisado a matarlos a traición. Los jinetes, sólo al oír su voz, trataron de dispersarse inmediatamente.

Eran unos veinte. Llenaban la calle.

Ted disparó con fría y rápida eficacia, sabiendo que no iba a fallar un solo tiro. Seis balas encontraron otros tantos cuerpos. Los jinetes, mientras tropezaban unos con otros, corrieron alocadamente a lo largo de la calle.

—¡El rifle!

La muchacha se lo entregó. Había cinco balas en él. Ted supo que tampoco las fallaría.

Alcanzó mortalmente a otros tres hombres, pues los otros se habían dispersado con más rapidez de lo que él esperaba. Rápidamente contó nueve cadáveres sobre el polvo, pero quedaban aún once enemigos dispuestos a exterminarle.

—Hay que cambiar de posición. Vamos.

Ahora los soldados ya le habían localizado, y después de desmontar preparaban sus rifles, parapetándose entre los porches. Ted y la muchacha subieron al tejado por un tragaluz, mientras las primeras balas restallaban contra el marco de la ventana.

Desde el tejado saltaron al de otra casa vecina que era bastante más baja. Ninguno de los soldados les había visto aún.

Guiándose por los fogonazos, Ted llegó a divisar a dos nordistas que estaban disparando juntos. Apuntó con su revólver cuidadosamente, hizo fuego dos veces y los vio caer.

Al instante se lanzó a tierra, saltando desde el tejado de la casa, mientras hacía una seña a Ingrid para que se mantuviese quieta allí.

Quedó junto a un porche. Un soldado parapetado allí se volvió velocísimamente, mientras lanzaba un aullido y trataba de apuntarle con un rifle.

Ted apretó el gatillo.

Después de ver a aquel nuevo enemigo, calculó que ya eran doce los que había eliminado. Sus restantes adversarios seguían siendo muy numerosos, pero tenían una desventaja. Empezaban a desmoralizarse, y no sabían aún si era más de un hombre el que les atacaba.

Ted se pegó al suelo y guardó silencio. Prefería observar, y así, al propio tiempo, desorientaba a sus adversarios.

Uno de éstos salió corriendo de la oficina del alguacil.

—¡Eh, muchachos! ¡Oskar y unos cuantos están encerrados ahí dentro!

—¡Hay que sacarlos!

Tres hombres más corrieron hacia aquella puerta. Nunca debieron haberlo hecho. Ted, que ya había recargado por completo su revólver, los pudo balear casi a placer. Cayeron retorciéndose junto con el que había dado el aviso, mientras otros dos lograban entrar en tromba en la oficina y se parapetaban en ella.

Ted comprendió lo que iba a suceder.

Descerrajarían a balazos la cerradura y dejarían en libertad a los prisioneros. Otra vez tendría enfrente a más enemigos de los que podía vencer.

Mientras recargaba febrilmente el revólver se arrastró sobre los codos buscando una nueva posición. Vio entonces un carro frenado en el lugar donde la calle formaba una suave pendiente.

Saltó a él en silencio, lo desfrenó y dejó que se deslizara poco a poco. Mientras, dentro de la oficina del alguacil sonaban disparos.

Nadie se fijó en aquel carro que parecía deslizarse solo. Ted llegó materialmente junto a la oficina del alguacil, se puso en pie sobre el carro, dio un ágil y rapidísimo salto y llegó al tejado. Desde allí saltó a la parte trasera del edificio, donde había una ventana.

Todos sus movimientos estaban dominados por una febril rapidez. Sabía que sólo eso podría salvarle.

Desde la ventana vio a los soldados y a los presos que trataban de salir en tromba. Tranquilamente vació su revólver contra ellos. Cayeron lanzando aullidos, sin saber de dónde venían las balas.

Sólo Oskar lo adivino. Oskar quedó quieto, vuelto hacia la ventana, mientras le miraba con asombro.

No llevaba armas.

Ted pudo haberlo matado tranquilamente, pero no lo hizo. No pudo disparar contra un hombre que le miraba cara a cara sin posibilidad de defenderse.

—¡Tira! —aulló Oskar—. ¡Tira de una vez, maldito!

Ted no lo hizo, pero en cambio apretó el gatillo alguien que estaba más allá de la puerta, al otro lado de la calle.

Debía ver confusamente sus figuras, y las balas rasgaron el aire.

Oskar recibió uno de los plomos en el costado derecho y lanzó

un gemido, mientras todo su cuerpo sufría un estremecimiento. El otro arañó la cabeza de Ted Barton.

Éste sintió como si el mundo entero diera vueltas en torno suyo. Notó que iba a desvanecerse.

Hizo un esfuerzo terrible por mantenerse en pie y por sostener el arma entre los dedos, pero no le fue posible. Una invencible debilidad se había apoderado de él. Sabía que la herida no era mortal, pero el roce de la bala le había producido en el cerebro una sensación similar a la de un golpe capaz de dejar K.O.

Intentó arrastrarse por el suelo y no pudo.

Una terrible impotencia se había apoderado de él.

Con ojos vidriosos vio que una figura se acercaba rápidamente entre la semioscuridad, bordeando la casa. Era un soldado con un rifle, Ted Barton supo lo que aquello significaba.

Era el fin.

Intentó buscar el revólver y no lo encontró. Le parecía encontrarse muy lejos de allí, eso era lo más curioso. Su cerebro no regía. Vio que el soldado alzaba su rifle después de lanzar un grito.

En aquel momento una figura enorme, gigantesca, apareció detrás del hombre. De un solo puñetazo en la nuca le hizo caer de bruces, perdido el sentido, con los ojos desorbitados.

Luego aquel corpachón vaciló también. Era como una montaña que se desmorona, que cae a pedazos poco a poco. Ted miró a Oskar.

—Me has salvado la vida…

—Es que… yo sólo tengo dos virtudes.

—No sé si será demasiado tarde para preguntarte cuáles…

—Primera virtud… —farfulló Oskar—: Me gustan las chicas guapas. Segunda virtud: Sé reconocer entre mil a un hombre valiente. Y tú lo eres, maldito granuja… Por eso no he querido que te mataran… tontamente.

Cayó a tierra del todo, produciendo un ruido semejante al que produciría un buey desplomándose desde la torre de una iglesia.

Desde allí susurró:

—Tengo algo en mi bolsillo. Búscalo… Además te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Si nos encontramos en el otro mundo… tendré mucho gusto

en desafiarte y en romperte todos los huesos… Pero ahora…, perdó…na…me.

Dejó caer la cabeza a un lado. Ted sólo necesitó una ojeada para comprender que acababa de morir.

Pesadamente se incorporó. Su cerebro empezaba ya a regir otra vez normalmente. Buscó en los bolsillos del muerto y encontró el acta firmada por el juez. Era, pues, Oskar, el que se la había quedado.

Con aquello y el daguerrotipo que le entregaría el fotógrafo, habría suficiente para desvelar el misterio de Fort Latimer.

Ted aún aguardó largos minutos antes de decidirse a actuar. El silencio que imperaba en Crystal City era total, lo cual parecía indicar que los soldados, completamente desmoralizados, se habían ido ya. Pero también podía tratarse de una trampa.

Al fin se decidió. Pegado a las paredes, volvió a la calle principal, bañada por la luz de la luna.

Los cadáveres seguían en los mismos lugares que ocupaban al caer. No se veía rastro alguno de vida. Ted comprendió, ahora definitivamente, que los soldados habían huido.

Ellos llevarían la desmoralización a Fort Latimer. Era posible que Springley quedase solo.

—¡Ingrid! —llamó—. ¡Ingrid!

La muchacha se había deslizado ya del tejado a la calle. Estaba acurrucada en uno de los porches.

—Se han ido —musitó—. Parecían aterrorizados…

—Springley les debió prometer que todo iría bien, y ahora se convencen de lo contrario. Además no creo que les guste esta clase de lucha. En el fondo se han visto arrastrados a esto y lo único que les importa es no morir.

—¿Crees que dejarán sólo a Springley?

—Es posible.

Luego señaló el edificio de donde habían sacado antes al fotógrafo y dijo:

—Ese hombre ya debe haber terminado su trabajo.

Debes verle y pedirle que te de cuantas copias pueda de la placa que obtuvo. Las guardarás junto con esto.

—¿Qué es?

—El acta levantada por el juez. Oskar la tenía. Con estas dos

pruebas, nadie dudará de la verdad de lo ocurrido. Son, al propio tiempo, mi disculpa por haber atacado a una guarnición en zona de guerra.

Se palpó el rasguño que le había quemado parte del cuero cabelludo, produciéndole aquella sensación de vértigo que estuvo a punto de costarle la vida. Ya no brotaba apenas sangre, y se iba sintiendo cada vez mejor. Necesitaría todas sus facultades para la última fase de su ventura.

—¿Qué harás tú mientras tanto? —susurró ella.

—Iré a Fort Latimer.

—¡Es una locura!

—Puede que no lo sea. Puede que allí se haya producido ya una desbandada.

—Springley dominará a sus soldados.

—Y éstos saben que la frontera está muy cerca. No se largarían si estuvieran en Carolina del Sur, pero sí que lo harán sabiendo que a veinte millas está la frontera de México. En todo caso es una prueba que necesito hacer, porque de lo contrario poca cosa habría conseguido.

—Ted…, ¿por qué haces esto? Tú podrías huir perfectamente. ¿Por qué no lo intentas?

—Cuando empiezo un trabajo me gusta terminarlo, muchacha. Eso es todo. Pero creo que hay algo que debo decirte aún, y es que tú y yo no volveremos a vernos.

Ella apretó los labios. Hizo un terrible esfuerzo por permanecer indiferente.

Su boca dibujó una mueca dolorosa, patética, que revelaba el dolor de su alma.

Nunca más…

—Cuando haya terminado esto, yo también huiré. ¿Qué otra cosa puedo hacer? No soy sino un perro rabioso huido del matadero. Tú tendrás las pruebas y las llevarás a Washington. Eso es todo.

No quiso hablar más, no quiso que ninguna otra palabra delatara lo que sentía.

Un instante después se alejaba, sin volver la cabeza, en el caballo de uno de los muertos.

Ingrid quedó sola en el centro de la calle.

Sola bajo la luna.

Sola con sus pensamientos condenados, con su dolor, con su maldita soledad eterna.

## CAPÍTULO XIII

La bandera seguía ondeando en Fort Latimer, pero éste parecía abandonado. No se veía ni un centinela en lo alto de la empalizada. Las primeras luces del amanecer no alumbraban más que una especie de cementerio, sobre el que dibujaba suaves remolinos el polvo de la llanura.

La sensación de soledad casi podía palparse, como una cosa física. Era una sensación angustiosa.

Ted comprendió que había acertado en sus suposiciones. Todos los hombres que poco antes guarnecían Fort Latimer se habían dado a la fuga. No necesitaban exponerse a la muerte estando tan cerca de la frontera de México y teniendo dinero fresco en sus bolsillos. Los esfuerzos de Springley para detenerlos habrían resultado inútiles.

¿Y Springley? ¿Qué habría hecho el último jefe de Fort Latimer?

Ted picó espuelas. Su caballo avanzó poco a poco entre el polvo de la llanura, en dirección a las empalizadas. Ted debía frenar al animal porque éste, yendo hacia sus cuadras, apretaba a cada momento el paso.

Si Springley se hallaba en Fort Latimer debía estarle observando. Pero nada se veía aún.

Ted avanzaba rígido sobre la silla.

Tenía la mirada fija en las empalizadas, y trataba de calcular exactamente la dirección de la luz del sol.

Trataba de saber si esa luz arrancaría algún reflejo a un rifle que le estuviera apuntando.

Sus ojos acerados miraban punto por punto de la empalizada. Sus músculos estaban alerta.

Y de pronto vio aquel reflejo. Lo vio casi junto a la puerta.

Clavó espuelas bruscamente, mientras tiraba hacia un lado de las riendas de su caballo. Éste dio un salto de costado justo en el momento en que sobre la llanura aullaba la primera bala.

Ésta levantó un surtidor de tierra casi junto a las patas del animal. Ted volvió a clavar espuelas y avanzó a toda velocidad, pero en zigzag y pegado a la silla, en tanto otras dos balas le seguían inútilmente. Era un solo hombre el que tiraba, y ese hombre debía ser a la fuerza Springley.

Ted se desvió hacia un lado del fuerte, para obligar a su enemigo a perder unos cuantos disparos. Mientras, él se iba acercando a gran velocidad al fuerte.

Llegó al pie de las empalizadas y corrió pegado a ella, para que su enemigo no supiese dónde estaba.

En efecto, Springley, en lo alto de la empalizada había perdido ya su pista. No sabía dónde estaba.

Ted se puso en pie sobre la silla y se colgó de la parte superior de la empalizada, dejando que su caballo siguiese. Asomó la cabeza para encontrarse con la más absoluta soledad.

No se veía a nadie en el fuerte, y el silencio era absoluto en el interior de éste.

Sólo se oía, en las alturas, el graznido lacerante de los buitres que empezaban a adivinar su presa.

Ted saltó al interior y quedó inmóvil junto a uno de los puestos vacíos de los centinelas. Sus ojos acerados escrutaron todos los contornos, todos los relieves del fuerte. Pero éste apareció a sus ojos como un gran cementerio.

Los buitres empezaron a descender de las alturas.

Ellos también parecían adivinar que allí no había nadie.

Ted Barton se arrastró sigilosamente. Llevaba el revólver en la derecha, listo para disparar, pero ahora su enemigo empleaba la misma táctica que él, y seguramente se arrastraba también por otro lado del fuerte. Era una especie de lucha de serpientes. Cuando los dos chocaran, la vida sería del más rápido.

Pero Ted tenía una gran desventaja, no conocía el fuerte. Su enemigo, en cambio, había vivido largo tiempo en él y conocía todos sus rincones.

Cuando Ted estaba al borde de una de las plataformas, mirando hacia abajo, una bala de rifle que iba dirigida a su cabeza le arañó

la oreja izquierda y se clavó en la madera a un cuarto de pulgada de su rostro. Ted cerró los ojos instintivamente, mientras se dejaba caer para no estar en el mismo sitio cuando sonara el segundo disparo.

Springley creyó haberle alcanzado.

Asomó un poco, para apuntar mejor y rematarlo, cuando una bala por poco le vuela la cabeza. Se parapetó de repente, lanzando un gruñido, mientras su enemigo cambiaba de posición rebotando sobre los codos.

Ted identificó el lugar que Springley había elegido para esconderse. Nada menos que el polvorín. Pues había cometido un fatal error si pensaba que allí estaba seguro.

Ted empezó a disparar por la única y pequeña ventana de aquel recinto. Disparaba y cargaba su revólver otra vez, para así no quedar desprevenido. Las balas empezaron a picotear entre los fulminantes y la pólvora, amenazando con provocar una explosión que lanzaría medio fortín al aire.

Springley se dio cuenta del peligro que corría, y salió presurosamente. Una bala, disparada con demasiada precipitación por Ted, le arañó la rodilla y le hizo caer. Pero como estaba en el mismo ángulo, pudo cobijarse al otro lado del edificio.

Ted comenzó a respirar agitadamente, al perder otra vez de vista a su enemigo.

Sabía que un error podía serle fatal.

Un error de segundos le costaría la piel.

No había acabado con Springley, y éste volvía a tener ventaja.

Avanzando en zigzag, el joven corrió hasta el dormitorio de los soldados. Todo estaba allí en desorden, y no se advertía presencia humana. Los buitres, que planeaban en las alturas al oír los disparos, volvían a descender otra vez, siniestramente, en los períodos de calma.

El sol empezaba a calentar ya demasiado, y Ted lo tenía de cara. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro.

Esperó. No tenía otro remedio para no dar un paso en falso. El silencio era como un líquido espeso que se metía en su sangre.

¿Quién perdería los nervios primero? ¿Quién creería antes que estaba en situación de disparar?

Ted avanzó.

No veía nada excepto la empalizada solitaria. No sabía dónde estaba su enemigo. Él avanzaba paso a paso, con gran lentitud, y durante largos intervalos quedaba quieto como un poste. Los buitres fueron ganando confianza. Uno de ellos se situó en el borde mismo de la empalizada.

Siniestro, quieto, parecía aguardar su presa.

«Mal augurio —pensó Ted—. Mal augurio para…».

De pronto el buitre alzó el vuelo, lanzando un graznido. Alguien le había asustado. ¡Alguien, sin duda, que corría silenciosamente hacia Ted!

Éste tuvo tiempo justo para volverse y disparar sobre su cabeza. La figura que estaba en uno de los pasillos superiores de la empalizada y que ya iba a disparar su rifle, cayó casi sobre él mientras lanzaba un chillido. Ted volvió a disparar mientras Springley caía, para cerciorarse de que ya llegaba muerto al suelo.

Vio que Springley, para no hacer ruido, se había quitado las botas. Por eso no le oyó llegar. De no ser por el buitre, sería él ahora el muerto.

Springley no había tenido ni el honor de caer como un oficial. No había caído con el uniforme completo.

Ted hizo algo por él. Hizo una última cosa. Buscó su sable y se lo puso cruzado encima del cuerpo. Luego montó a caballo y salió lentamente de aquel lugar de pesadilla. A él le parecía haber muerto un poco también.

Era como si el graznido monótono de los buitres resonase dentro de su cabeza.

# CAPÍTULO XIV

Encontró a la muchacha en una de las rutas perdidas de Arizona, en uno de los lugares a los que aún no había llegado la guerra. Dio por descontado que ella regresaría dando un gran rodeo, ya que de ningún modo podía arriesgarse a viajar por el camino más corto, bordeando el frente. Y en un parador rodeado de mosquitos y cactos gigantes, entre el polvo de la llanura sin fin, la vio apearse de una diligencia.

Sus ojos se encontraron, pero sus labios no supieron qué decir. Durante unos segundos que parecían interminables se miraron sin una palabra.

Al fin él susurró:

—Perdóname. Tenía intención de que no nos viéramos nunca más, pero me ha sido imposible evitarlo. Necesitaba encontrarte otra vez. Tu imagen formaba ya parte de mi propia vida.

Ella desvió la mirada.

—Yo también necesitaba verte, Ted. Pero en el fondo de mí misma me decía que era mejor nuestra separación. Por mucho que te quiera, por mucha que tu imagen esté grabada en mi mente, tú eres el hombre a quien más debo odiar en este mundo. Tú mataste a mi padre.

Él hundió la cabeza, callando. Le parecía que el mundo era espantosamente pequeño y que la vida era inútil. Vio el polvo de la llanura posándose sobre sus botas y sintió una extraña quemazón en los ojos.

—No volveré a recordarte nada —susurró al fin—. Pero permíteme que te proteja hasta el fin de tu viaje. Sin hablarte, sin mirarte apenas. Como si fuese un criado.

—Un criado no lo serás nunca —musitó ella—, sino mi dueño,

aunque yo te odie. Pero acompáñame… si me prometes que no volveremos a encontramos a solas.

—Es lo que más deseo y lo que más temo —musitó él—. No sucederá.

—Voy a Vicennes. He enviado ya los documentos a Washington con una carta que lo explica todo y que deja a salvo el honor de mi padre. Ahora quiero saber lo que éste decía en su testamento. Estoy desheredada, ya lo sé, porque no aguanté tres semanas en Fort Latimer, pero no importa. Ahora sé, al menos que mi vida no ha sido inútil.

Él asintió silenciosamente, con la cabeza hundida aún. Cuando llegaron a Vicennes, dos semanas más tarde, no habían vuelto a cambiar una palabra. La soledad de sus pensamientos estaba llena de secretos dolores y de esperanzas muertas.

# CAPÍTULO XV

El despacho del notario de Vicennes era pequeño, oscuro y hostil. Resultaba muy distinto de los lugares luminosos que ambos estaban acostumbrados a recorrer. Pero ahora estaban en él, silenciosos como sombras, esperando las últimas palabras de un muerto.

El notario carraspeó.

—Su padre, señorita Latimer… —empezó diciendo—, dictó aquí testamento media hora antes de que…, ejem… media hora escasa antes de morir. Lo primero que ha de hacer es leer una carta que va anexa a su última voluntad. Verbalmente me pidió que aunque usted no justificara haber pasado tres semanas en Fort Latimer, yo se la leyese.

Aclaró su voz y empezó:

—«¡Bien, hija mía!».

Ingrid abrió mucho los ojos.

¿Bien? ¿Acaso su padre la había felicitado en sus últimos momentos? ¿Pero por qué?

—«Bien —continuó el notario—. Aunque no hayas estado tres semanas en Fort Latimer, aunque no hayas estado más allá de tres o cuatro días, tú eres lista y habrás visto lo que sucede entre sus muros. Te he pedido que pasaras allí un mínimo de tiempo para que tuvieses ocasión de conocer todos los detalles, pero sé que de todos modos los habrás conocido ya. Y en este momento solemne, avergonzado de mis actos, sabiendo que sólo la muerte puede limpiarme, te felicito porque, cuando esta carta te sea leída, tú ya habrás terminado con aquella horrible pesadilla que yo mismo creé. No sé cómo lo habrás conseguido, pero sé que no regresarás a Vicennes sin haberlo hecho. También sé que el cuarto de millón de

dólares que hay en Crystal City lo emplearás en ayudar a los esclavos negros, sus legítimos dueños, puesto que ese dinero es el precio de la sangre de sus hermanos de raza. Y te suplico que perdones a tu padre, a tu padre cobarde y hundido y que además va a cometer la última cobardía».

—La última cobardía… —susurró Ingrid con un soplo de voz—. Eso significa que…

—Eso significa que, en efecto, no tuvo valor para afrontar sus responsabilidades y para enmendar como un hombre los pecados que él mismo había cometido. Cuando le vi en la ciudad casualmente y quise entrar a abrazarle, dándole una sorpresa, él se… se disparaba un balazo. No pude evitarlo. No pude evitarlo. Su cobardía me llenó de horror y…, y en aquel momento sólo tuve una idea.

—¿Huir?

—Temí que me acusaran del crimen. Era lo más lógico.

—¿Pero por qué confesaste luego haberlo matado tú? ¿Por qué?

Las manos de Ingrid sujetaban ya las suyas. Temblaban febrilmente.

—Lo hice para salvar su honor, para que nadie conociera su cobardía —musitó Ted—. Y porque, si oficialmente había muerto asesinado, tu madre cobraría el sueldo completo mientras viviera. Era el modo de pagar la deuda que tenía con ella… Luego pensé que la clave de la muerte de tu padre debía encontrarse en Fort Latimer, y por eso fui allí. Pero en Crystal City me apresaron. Lo demás… ya lo sabes.

—Sí, Ted, ya lo sé… ¡Y sé también que eres el mejor hombre del mundo!

—¡Ejem! —gritó el notario—. ¡Ejem! He de seguir leyendo. El testamento dice que la deja a usted heredera.

—¿Y eso qué importa? —Gruñó Ted—. ¿No sabe usted leer lo necesario para casar a dos que se quieren?

—¡No!

—¡Pues entonces cállese!

Y los dos, ante los ojos asombrados del notario, se fundieron en un estrecho abrazo.

De pronto aquella habitación ya no les parecía tan oscura, ni tan hostil. Les parecía, por el contrario, el lugar más hermoso de la

tierra.

FIN